

Selección

TERROR

ADAM SURRAY

LA FAVORITA DE SATAN


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

263 — Mi bella monstruo, *Lou Carrigan*.
264 — Final de trayecto: el Infierno, *Clark Carrados*.
265 — Hija de las tinieblas, *Curtis Garland*.
266 — Un lío de faldas en el infierno, *Silver Kane*.
267 — Las viejas de Maylander, *Burton Hare*.

ADAM SURRAY

LA FAVORITA DE SATAN

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 268
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.729 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Lloviznaba.

Una fina y pertinaz lluvia que turbaba el silencio de la noche.

Intermitentemente surgían relámpagos que con su fugaz claridad iluminaban el caserón. Los arboles que rodeaban la casa semejaban celosos y fantasmales guardianes.

La muchacha estaba bajo el porche de níveas columnas de mármol.

Inmóvil.

Con la mirada lija en un indefinido punto de la negra noche.

Lentamente descendió los escalones del porche comenzando a caminar hacia el bosque.

Ajena a la lluvia.

Las publicaciones femeninas o cualquier importante semanario de información hubieran pagado un buen puñado de dólares por fotografiar en aquel momento a Kathleen Conway.

No por el mero hecho de pascar bajo la lluvia.

Kathleen Conway, heredera junto con su hermano del fabuloso imperio de la Conway Metals, ofrecía un turbador espectáculo.

Su vestimenta se limitaba a una reducida negligé que cubría hasta mitad del muslo. Ninguna otra prenda. La fina tela, por efectos de la lluvia, se había pegado a su cuerpo como una segunda piel.

Sí.

Cualquier publicación hubiera pagado gustosa por fotografiar a Kathleen. Plasmar la sensual perfección de aquel cuerpo de veinte años.

La joven se internó entre los árboles.

Su rostro de extraordinaria belleza aparecía ahora inexpresivo. La mirada de sus castaños ojos continuaba ausente. Sin brillo en las pupilas. El pelo pegado al cuello y hombros. Totalmente mojado. Al igual que su rostro perlado por la fina lluvia.

Prosiguió su caminar.

Con seguridad.

Desafiando a la oscuridad que proporcionaba el negro cielo y la espesura del bosque.

Súbitamente le llegó.

Gutural.

Procedente de lo más profundo del boscaje.

—Kathleen..., Kathleen...

La joven no se detuvo.

Aceleró su paso. Sorteando con asombrosa habilidad los frondosos árboles. Llegó ante la explanada. Una planicie de hierba cuidadosamente cortada. Un claro en boscoso terreno.

Y allí estaban.

Formando círculo.

Cuatro hombres y tres mujeres. Con túnicas negras. Cubriendo su rostro con grotescas máscaras.

Habían encendido una hoguera.

Una fogata que la pertinaz lluvia no lograba apagar.

Al descubrir la presencia de Kathleen Conway alzaron los brazos al cielo para luego extenderlos hacia la muchacha.

—Kathleen..., Kathleen... —llamaron a coro—. Ven con nosotros..., ven... El espera tu ofrecimiento...

Uno de los hombres se aproximó a Kathleen.

Su máscara representaba un búho.

—Kathleen... El te ha elegido. Le hemos oído pronunciar tu nombre una y otra vez. Como el aullido del lobo en celo. Yo te guiaré. Soy el Hermano-Búho, vigía de la noche en tinieblas.

Kathleen no reaccionó.

Seguía con el rostro inexpresivo.

Como hipnotizada.

El Hermano-Búho condujo a la muchacha hasta el círculo formado por los restantes componentes del grupo de personas.

Sobre la hierba, con pintura fluorescente, se había trazado un triángulo.

En el centro una paloma. Con las alas y patas rotas. El animal pugnaba en vano por alzar el vuelo.

Una de las mujeres, con una máscara representando a un perro, colocó tres gruesas velas en cada uno de los vértices del triángulo.

Las encendió.

La lluvia, aunque ahora algo más intensa, tampoco consiguió apagarlas.

El Hermano-Búho alzó las manos al negro cielo.

—¡Todo está preparado, poderoso Lucifer! ¡Embajador del Averno! Todo el ritual necesario para tu acto de posesión. Cirios de grasa extraída de cuerpo humano, el círculo cabalístico, el sacrificio de la paloma ejecutado por tu elegida... ¡Ahora, tus fieles discípulos, invocan humildemente tu presencia o la de tus príncipes infernales!

Todos alzaron las manos.

Uniendo sus voces en fantasmal conjuro.

—¡Oh..., espíritus del Averno...! ¡Oíd nuestra súplica! ¡Lucifer, rey de los ángeles rebeldes, escucha la petición de tus discípulos! ¡Acepta a tu elegida y concédenos nuevos poderes! ¡Príncipe Belcebú; señor de las tinieblas, acude a nosotros! ¡Lucífugo, acude a nosotros! ¡Blastor, en nombre de Satán y de todos los demonios; atiende nuestras súplicas por el adorado cuerno del cordero sabático, por el rabo de Lucifer, por todos los espíritus malignos que viven y reinan en tu compañía por los siglos de los siglos! ¡Abandonad las tenebrosas moradas del Averno y participad con nosotros del sacrificio a nuestro amado Satanás!

El Hermano-Búho tendió un cuchillo a Kathleen.

Un extraño puñal de curva hoja. El artístico mango estaba formado por una serpiente enroscada. Al final sobresalía la cabeza. Los ojos de la serpiente dos brillantes de siniestro fulgor.

—Toma, Kathleen... ¡Mátala!

La muchacha cogió el puñal.

Se inclinó a la vez que alzaba el brazo armado.

Dejó caer la afilada hoja sobre la paloma. Con fuerza. Una y otra vez.

—¡Lucifer...! ¡Lucifer...! —Gritaron los discípulos de Satán danzando en torno al triángulo—. ¡Lucifer...!

La paloma quedó ensartada.

Su blanco plumaje ahora teñido de rojo.

Goteando sangre.

Un relámpago iluminó fugaz la oscuridad de la noche.

Muy fugaz, aunque lo suficiente para permitir descubrir la satánica figura de un macho cabrío. En lo alto de un cercano promontorio. Con sus llameantes ojos fijos en los sectarios.

De nuevo la oscuridad.

Desapareció la figura del macho cabrío.

Fue remplazada por una borrosa sombra que comenzó a caminar hacia los reunidos.

Quedó visible al aproximarse a la hoguera.

Un hombre alto. De felinos movimientos. El pelo muy rubio y abundante. Rostro atractivo. Sus azules ojos con un intenso brillo. Los labios carnosos y sonrientes.

Se cubría con una roja capa sujeta al cuello por un cordón dorado.

—¡Leonardo...! ¡Es Leonardo...! —exclamaron jubilosos los adoradores de Satán. ¡Leonardo, príncipe de la lujuria, el vicio y la corrupción! ¡El seductor Leonardo!

Las tres mujeres de negra túnica se arrodillaron a los pies del recién llegado. Jadeantes. Retorciéndose voluptuosas.

El hombre de la capa roja rió en desaforada carcajada.

—¡Sí, amados de Satán...! ¡Soy Leonardo! ¡El bello Leonardo...! Enviado por el Señor de las Tinieblas para atender a vuestros ruegos y recibir a la seductora Kathleen. Kathleen..., pronto serás una adoradora de Satán. Su favorita. ¡Que empiece la orgía! ¡Beber y comer manjares condimentados en las profundidades del Averno!

Leonardo hizo un movimiento con la capa.

Trazando un amplio y veloz semicírculo con la roja tela.

Tras él apareció una longitudinal mesa. Pródiga en fuentes de comida, recipientes de viscoso líquido...

Los discípulos se precipitaron sobre la mesa riendo como posesos.

Sí.

La orgía satánica comenzaba.

Sólo Kathleen Conway continuaba impasible. Ajena a todo. Sostenía en su

diestra el puñal. La paloma ensartada en la hoja. Goteando sangre sobre la húmeda hierba.

Leonardo se aproximó.

Lentamente.

En sus ojos se acentuó el maligno brillo.

—Mi bella Kathleen... Vas a ser mía. Del gran Leonardo, admirado y deseado por todas las mujeres del mundo desde el principio de los siglos, que se remueven inquietas durante la noche en espera de mi presencia. Suplicando a Satanás mi presencia. Tú has sido la elegida, Kathleen. Tú la afortunada mortal...

Leonardo tendió sus manos.

Muy blancas.

Femeninamente cuidadas, a excepción de aquellas uñas. Desmesuradamente largas y curvas.

Se posaron en los hombros de Kathleen. Con suavidad deslizó la *negligé* descubriendo el escultural cuerpo de la muchacha.

—Sí..., eres muy bella... Desde esta noche te convertirás en la favorita de Satán.

El cuerpo de Kathleen, sostenido por aquellos infernales brazos, so fue arqueando hasta caer dócilmente sobre la hierba.

Los discípulos abandonaron la mesa. Acudieron riendo en estridentes carcajadas procediendo a entonar obscenas canciones.

En tomo a Leonardo y Kathleen.

Las danzas y cantos degeneraron en repugnante orgia.

La demoníaca escena intermitentemente iluminada por el fulgor de relámpagos que parecían enriados por el mismísimo Satán.

Kathleen comenzó a parpadear.

Repetidamente.

Como si despertara de un profundo sueño.

Percibió la proximidad de aquel atractivo hombre de rubios cabellos. Y también descubrió los dos diminutos cuernos semiocultos por el dorado pelo. En la frente del individuo.

El desgarrador alarido que brotó de la garganta de Kathleen Conway acalló los jadeos y carcajadas de los discípulos.

Dominada por el terror gritó una y otra vez hasta enronquecer.

* * *

El espeluznante alarido resonó con fuerza turbando el silencio reinante en la casa.

Kathleen dio un respingo quedando sentada en el lecho.

Seguía gritando.

Con las crispadas manos aferrando la fina sábana.

Sonaron unos apremiantes golpes en la puerta de la habitación. Llegó una

voz femenina a través de la hoja de madera.

—¡Señorita Conway...! ¡Señorita Conway...! ¿Qué le ocurre? ¡Abra, señorita Conway...!

Kathleen enmudeció.

Sacudió la cabeza.

Sin reaccionar.

La voz continuaba llamando. Al igual que los golpes en la puerta.

—¡Señorita Conway...! ¿Qué ocurre...?

Los ojos de Kathleen trazaron una semicircular mirada por la habitación en penumbra, aunque ya amortiguada por la claridad de las primeras luces del alba.

Estaba en su habitación.

En la casa.

Todo habla sido una monstruosa pesadilla.

—No ocurre nada, Gladys. Puedes retirarte. He tenido un mal sueño.

—¿Necesita algo? —inquirió la voz desde el otro lado de la puerta.

—Nada, Gladys. Vuelve a tu habitación.

Kathleen se reclinó apoyando la cabeza sobre la almohada.

El entrecortado respirar hacia subir y bajar sus senos en descompasado palpitar. Cruzó las manos sobre el pecho. Fue entonces cuando se percató de la extrema humedad del negligé.

Todo su cuerpo mojado.

Estaba empapada en sudor.

¿En sudor...?

Kathleen volvió a sentarse en el lecho.

Palpó nerviosamente sus cabellos.

Totalmente mojados.

Con temblorosa mano buscó el interruptor de la lámpara de noche.

Lo accionó iluminando parcialmente la estancia. Lo suficiente para descubrir el puñal.

Sobre la mesa de noche.

El puñal de curva hoja y la empuñadura dorada representando una serpiente. Los brillantes ojos destellando con maligno fulgor.

Kathleen se llevo ambas manos a la garganta.

Y de nuevo dejó escapar todo su terror en desgarrador alarido.

CAPITULO II

Aquello era digno de verse.

Los dos en el sillón giratorio.

Jerry Markham y su opulenta secretaria.

—Tranquila, Mariane.

—Me..., me voy a caer...

—No digas tonterías, nena. Yo te sujeto.

Cierto.

Jerry Markham la aferraba como un pulpo.

Mariane sentada sobre él. Con las piernas por encima de uno de los brazos del sillón y la cabeza apoyada en el otro.

Markham buscó los labios de la mujer.

Ávidamente.

Mariane se estremeció.

Echó los brazos hacia Markham, atenazando su cuello de cisne.

Su brusco movimiento la hizo resbalar. Obligando a la diestra de Markham a acudir presurosa a la cintura. La abarcó con el brazo estrechándola con fuerza. Recuperando la perdida estabilidad.

Volvieron a unir sus labios.

De súbito, sonó el llamador de la puerta.

Con estridencia.

El sobresalto originado en Mariane la hizo dar un respingo que culminó encontrando contacto con el duro suelo. Arrastrando tras de sí a Jerry Markham que seguía aferrado por el cuello. El sillón giratorio se desplazó impulsado contra el archivador.

—¡Maldita sea...! —Markham se golpeó la frente contra el borde de la mesa escritorio.

—Están..., están llamando...

—¡Si, lo sé! ¡Tampoco era para dar ese salto, Mariane!

Ayudó a incorporar a la mujer

—Disculpa, Jerry..., me sobresaltó...

Mariane alisó la falda y el sweater sin ocultar una sonrisa correspondida por Jerry Markham.

—¿Te has hecho daño?

—No, Jerry. ¿Y tú?

—Nada de importancia —Markham se palpó la frente—. Siguen llamando. Abre, Mariane. Sin duda es el inspector Widmark.

Mariane se encaminó hacia la puerta semividriera.

Con sensual movimiento en sus pronunciadas caderas.

Mariane Salkow, a sus treinta y dos años de edad, estaba en la cumbre de perfección que puede alcanzar el cuerpo femenino. Llevaba ya dos años como secretaria de Jerry Markham. Desde que quedó viuda.

Mariane pasó a la antesala cerrando tras de sí la puerta vidriera.

Jerry Markham permaneció en el despacho. Acomodado en el sillón giratorio. Encendió un cigarrillo.

Se iluminó uno de los pilotos del interfono situado sobre la mesa escritorio.

Markham pulsó la palanca correspondiente.

—¿Si?

—La señorita Conway desea verle, señor Markham —dijo Mariane a través del aparato.

—Ahora estoy ocupado. Señale día y hora para una próxima entrevista.

—Es un caso urgente, señor Markham. La señorita Conway Metals —recalcó Mariane significativamente—, tiene mucho interés en verle ahora.

Jerry Markham entornó los ojos.

Sonrió interiormente.

Reconociendo la perfección de Mariane. Como mujer y como eficaz secretaria.

Sí.

Lo sensato era recibir a uno de los herederos de la poderosa Conway Metals.

—Muy bien, señorita Salkow. Hágala pasar. Cancele las visitas concertadas para hoy.

Jerry Markham se incorporó para tomar velozmente la chaqueta de terciopelo que ajustó sobre el jersey de cuello cisne. Mesó los cabellos antes de retornar al sillón giratorio.

No había citas concertadas.

Tan solo el inspector Paul Widmark para reiterar sus interrogatorios sobre el caso Passetti.

Se abrió la puerta vidriera.

Mariane Salkow se hizo a un lado para permitir el paso de la muchacha. Cerró nuevamente.

Kathleen Conway lucía un discreto conjunto de falda y chaqueta. Bolso en bandolera. Su bello rostro, pese al maquillaje, aparecía demacrado.

Jerry Markham le dedicó una cordial sonrisa.

—Adelante, señorita Conway. Torne asiento.

—¿Es..., es usted Jerry Markham?

—Ajá.

—¿El investigador privado?

—Correcto. ¿Sorprendida?

Kathleen se acomodó en el sillón de armazón metálico situado frente a la mesa escritorio.

En electo parecía sorprendida.

Sus ojos se posaron en Markham.

El detective frisaba en los treinta años de edad. Pelo negro. La frente despejada, ojos oscuros, nariz levemente deformada, labios de fino trazo y barbilla firme. Sus facciones, sin ser atractivas, resultaban agradables.

—Le hacía de mayor edad, señor Markham.

—Aún me considero joven —sonrió el detective ofreciendo la cajetilla de «True» a Kathleen—. Puede suprimir el tratamiento y así lo pareceré aún más. Usted sí es demasiado joven para acudir a un investigador privado. ¿Qué problemas puede tener una muchacha bella y millonaria?

Kathleen encendió el cigarrillo.

Sus gordezuelos labios succionaron el emboquillado.

—Los tengo, Markham. ¿Puedo contratar sus servicios?

—Depende. Antes tengo que conocer su problema. No acepto un caso a ciegas. ¿Quién la envió a mi?

—Nadie. Recordé haber leído su nombre recientemente en los periódicos. Un amplio artículo sobre el caso Passetti que usted solucionó admirablemente. Enfrentándose y venciendo a la todopoderosa Mafia.

Jerry Markham volvió a sonreír.

Ahora más abiertamente.

—La Mafia es invencible. Un gran pulpo. Arrancar uno de los tentáculos nada significa.

—No obstante, se le considera como el mejor detective de San Francisco.

—Eso es cierto —replicó Markham con cinismo no exento de ironía—. Soy el mejor de California.

Kathleen abrió el bolso.

Extrajo un alargado envoltorio que depositó sobre la mesa escritorio. Al alcance del detective.

Jerry Markham extendió el pañuelo de seda hasta descubrir el artístico y extraño puñal.

No lo tocó.

—Un arma muy curiosa, ¿del patrimonio familiar?

—No pertenece a los Conway. Quiero que investigue su procedencia, Markham. Ese es el trabajo.

Jerry Markham arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Me interesa saber de dónde salió ese puñal, Markham. Tan extraña arma debe tener una historia y deseo conocerla.

—Para eso no son necesarios los servicios de un investigador privado. Yo al menos no me presto a ello. Cualquier coleccionista; anticuario o estudioso en armas puede...

—Necesito una persona discreta.

—El dinero hace enmudecer. Usted lo tiene, Kathleen. Compre la información y el silencio de la persona adecuada. Incluso es posible que en catálogos especializados encuentre la historia de este puñal.

—No consta en ninguno. Lo he comprobado.

—Entonces decídase por el coleccionista o el anticuario. Yo no me dedico a...

Súbitamente Kathleen Conway rompió a llorar.

En ahogados sollozos mientras que con ambas manos ocultaba su rostro.

Jerry Markham entornó los ojos dirigiendo una penetrante mirada a la muchacha. No interrumpió su llanto. El detective se limitó a encender parsimoniosamente un cigarrillo. Reclinado en el sillón giratorio.

—Disculpe, Markham...

Transcurrieron unos segundos.

—Estoy acostumbrado a todo. Recién estrenada mi licencia se me presentó un fulano para que investigara la supuesta infidelidad de su mujer. Me estaba contando el caso cuando de pronto se levantó y comenzó a dar cabezazos contra el archivador. Permanecí inmóvil. Cuando dejó destrozado el mueble, volvió a sentarse y prosiguió su narración. Lo tuyo es más normal, pequeña. Nada más lógico que las lágrimas en ojos de una mujer.

Kathleen esbozó una sonrisa.

Interiormente agradeció el tuteo de Markham.

Correspondió a él.

—Necesito tu ayuda, Jerry...

—Hay algo más tras este puñal, ¿no es cierto?

—Sí...

—Okay. Cuenta toda la historia y entonces tal vez decida aceptar.

—La... la historia es fantástica, Jerry. Imposible de creer.

—Esperemos a oírla, Kathleen. Adelante..

La muchacha entrelazó las manos.

Nerviosamente.

Su voz se hizo más tenue.

—Un hombre... Leonardo...

—Sigue, Kathleen. Puedes estar segura, acepte o no el caso, de mi total discreción —dijo Markham ante el mutismo de la joven—. Hay un hombre de por medio, ¿no?, Leonardo. ¿Un portorriqueño? En San Francisco abundan. Peligrosos por sentirse marginados, pero en el fondo buenos muchachos.

—No es un portorriqueño. Tampoco es un hombre, sino un espíritu. Un espíritu maligno. Te hablo de Leonardo, príncipe de la Lujuria que habita en las profundidades del Averno.

Jerry Markham, que creía estar acostumbrado a todo, quedó con la boca entreabierta.

Incapaz de articular palabra alguna.

* * *

Jerry Markham, aunque ya recuperado de la sorpresa, no interrumpió la narración de la muchacha.

Esperó a que terminara.

—No me crees, ¿verdad, Jerry?

—¿Has contado todo realmente como sucedió? ¿Sin ocultar nada?

—Sí.

Markham encendió el enésimo cigarrillo.

Inspiró con fuerza.

—Ciertamente tu historia es... fantástica. Una voz misteriosa que te llama y te hace levantar del lecho, la casa y avanzar en plena lluvia hacia el bosque. Y allí el encuentro con... Leonardo y sus discípulos. Si recuerdas todo perfectamente, ¿cómo regresaste a casa? Despertaste de nuevo en el lecho, ¿no?

—Mi último recuerdo es el grito de terror al verme poseída por aquel hombre. Tal vez perdí el conocimiento.

—¿Por qué no reaccionaste antes? Cuando descubriste los allí reunidos..., o cuando te dieron el puñal para sacrificar a la paloma.

—Lo ignoro, Jerry. Todo esto es..., es una pesadilla. Así lo creía yo cuando desperté, pero allí estaba el puñal. ¡Oh, Dios mío...!

—¿Conoce alguien más lo sucedido? ¿Lo has contado a alguien más?

—No.

—¿Ni tan siquiera a tus familiares? —Ante la nueva negativa de la joven, el detective inquirió—: ¿Por qué?

—No quise preocupar a mi hermano Richard. El es mi única familia. El y mi padrastro Norman Lockwood.

—¿Esa es la verdadera razón? ¿No preocuparles?

Kathleen alzó la mirada.

Enfrentando sus ojos a los de Markham.

—¿Lo sabes?

—Sí, Kathleen. La muerte de Doris Conway tuvo gran resonancia. El imperio de la Conway Metals pasaba a los hermanos Richard y Kathleen. Tu madre murió de un ataque cardíaco en el Centro Psiquiátrico Blore, donde se encontraba recluida.

—¡No estaba loca!... Simplemente se trataba de una cura de reposo.

—También se comentó que Doris Conway era una entusiasta de las reuniones espiritistas. Acudía a consultorios de brujos y falsos profetas.

La muchacha volvió a inclinar la cabeza.

Esquivando la fría mirada de Markham.

—La muerte de mi padre la afectó mucho. En las reuniones de sociedad dadas en la mansión de Clover, alguien comentó el regreso de los muertos mediante una sesión de espiritismo. Aquello interesó a mi madre. Se convirtió en mecenas de varios ocultistas y médiums. De nada sirvió los consejos de Richard y míos.

—¿Cuándo murió tu padre, Kathleen?

—Hace cinco años.

—Y tu madre, según creo recordar, falleció hace unos seis meses. Poco después de contraer segundas nupcias con Norman Lockwood.

—Sí.

—Cinco años rememorando al difunto Donald Conway me parece mucho tiempo. Si tan vinculado, estaba al difunto Conway, ¿por qué contrajo

matrimonio con Norman Lockwood? ¿Por qué no se mantuvo fiel al recuerdo de su primer marido?

—Mi madre no amaba a Norman Lockwood. Su unión fue casi impuesta por el Consejo de Administración de la Conway Metals. Lockwood era uno de los más eficaces ejecutivos de la compañía. Mi madre no se ocupaba debidamente de la complicada marcha del negocio y el trabajo de Richard resultaba insuficiente c inexperto. Al igual que el mío. De ahí que mi madre se casara con Norman Lockwood, pero ella seguía fiel al recuerdo de mi padre. Conversaba con él en las reuniones de espiritistas.

—¿Tú crees eso, Kathleen?

—Jamás acudí a esas reuniones.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Yo... yo no. . No sé... Mi madre aseguraba hablar con él...

—¿Qué hacías sola en la mansión Clover, Kathleen?

—Es mi costumbre pasar el week-end allí. No estaba sola. Fui con Gladys Moore, una de mis doncellas.

—Clover... La mansión de recreo de los Conway. A varias millas de San Francisco. Un frondoso bosque cercano al Clear Lake. «La mansión de Satán»...

—¡Eso fue la calumnia de un periodista ávido de noticias sensacionalistas! —Exclamó Kathleen visiblemente alterada—, ¡Una cruel calumnia! ¡Allí jamás se celebró el sabbat! El único delito de mi madre fue el ceder Clover para las reuniones de los espiritistas y médiums que protegía con sus donativos. ¡Nunca se celebró una orgía satánica! ¡Nunca!... ¡Nunca!...

La joven volvió a sollozar.

Jerry Markham, en esta ocasión, no le dio tregua.

—¿Acude tu hermano Richard al Clover?

—No...

—¿Y Norman Lockwood, tu padrastro?

—¡No!... ¡Sólo yo! Todos consideran al Clover como un lugar maldito y yo quiero romper esa leyenda. Demostrar con mi presencia que nada hay allí de satánico.

—Lo que te ha ocurrido en Clover parece demostrar la maldición. Un sabbat, sacrificios, invocación a Satanás... ¿O todo fue una pesadilla, Kathleen? Tal vez este puñal pertenecía a tu madre y apareció casualmente sobre la mesa de noche de tu habitación.

—No fue una pesadilla... Junto con el puñal puedo presentar otra prueba.

—¿De veras?

La voz de Kathleen fue un susurro apenas audible.

Sin atreverse a alzar la mirada.

—Fui... fui violada por Leonardo. Esta misma mañana he acudido a un médico. Un tal Dean Sturges, en el 1.432 de Hodge Road. Un sexólogo de nulo relieve, pero que confirmó sin lugar a dudas el ultraje a que fui sometida. Me presenté, por supuesto, con el nombre falso de Judith Smith.

El detective quedó en silencio.

Con la mirada fija en Kathleen.

En su pálido rostro surcado por las lágrimas. Reflejando angustia y terror. Con las manos juntas y temblorosas...

—Bien, Kathleen. Acepto el caso.

—¿Me crees, Jerry? —el rostro de Kathleen se iluminó esperanzado—. ¿Descubrirás la procedencia del puñal?

Markham se incorporó.

Acudió junto a la muchacha para acariciar protectoramente su mejilla.

—No sólo descubriré la procedencia del puñal, sino que aplastaré a... Leonardo. Aunque sé esconda en lo más profundo de los abismos del infierno.

CAPITULO III

Jerry Markham pulsó el llamador de la puerta.

La hoja de madera se abrió a los pocos segundos.

La muchacha que apareció bajo el umbral hizo parpadear repetidamente a Markham.

—Tú... ¡Eres Nancy!

—Premio —replicó la joven sin compartir el entusiasmo de Markham—. ¿Qué quiere?

—¡Maldita sea! ¿No me reconoces, Nancy? ¡Soy Jerry! ¡Jerry Markham!

—¿Jerry?... Ah, sí..., ya recuerdo. Has envejecido.

Jerry Markham acusó el golpe, pero mantuvo la sonrisa en los labios. Penetró en el apartamento sin apartar los oíos de la muchacha. Con deliberada insolencia su mirada se recreó en el cuerpo femenino.

—También tú tienes algunos años más, Nancy; aunque reconozco que bien aprovechados. La última vez que nos vimos eras una tabla. Ahora...

—He cumplido los veintitrés años, Jerry. Hace exactamente seis años que no nos vemos. Lógicamente he cambiado. Tú sigues igual... de grosero.

Markham sonrió.

Con cinismo.

—La pequeña Nancy... ¡Bien te han ido los seis años en Massachusetts! Estás..., estás muy bien.

—¿Qué te trae por aquí. Jerry? —inquirió la joven, sin ocultar un leve rubor ante la voraz mirada de Markham.

—Quiero hablar con el viejo.

—¿Te refieres a mi padre;1

—Seguro.

—Sígueme, por favor. Le anunciaré tu llegada.

El living de entrada comunicaba con el amplio salón-comedor.

Jerry Markham fue tras la muchacha.

Sin cesar de contemplarla.

Nancy Winters distaba mucho de la joven de hace seis años. Ya era toda una mujer. Lucía un juvenil vestido camisero que no ocultaba la pronunciada curva de los erguidos senos. El retorno a la falda corta permitía admirar la perfección de sus piernas hasta la mitad del muslo.

—¿Estás segura de no confundirme con otro, Nancy? Me sorprenden tus cumplidos. Soy Jerry. Hemos disfrutado juntos parte de nuestra Infancia. ¿Recuerdas cuando jugábamos a médicos?

Nancy enrojeció ahora como la amapola.

Sus ojos, verdes y rasgados, brillaron furiosos.

—¡Jamás he jugado contigo a... a... eso!

—Tienes mala memoria —rió el detective divertido por el enojo de la muchacha—. En cierta ocasión...

—Avisaré a mi padre.

Nancy giró precipitadamente.

Abandonó el salón avanzando por el largo y alfombrado corredor.

Jerry Markham, sin dejar de sonreír, se aproximó al mueble-bar atrapando una botella de «Johnnie Walker». Terminaba de servirse el vaso de whisky cuando sonó la voz.

—¡Jerry, muchacho!...

Un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad se adentró en el salón con los brazos extendidos hacia Markham.

Se saludaron efusivamente.

—Hola, viejo. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien... aunque de haber muerto ni tan siquiera te hubieras enterado, Jerry. No te he vuelto a ver desde las últimas Navidades. Prometiste visitarme con frecuencia y...

—He estado muy ocupado, Steve.

Steve Winters palmeó la espalda del detective.

—Lo sé, muchacho. Leo los periódicos. El caso Passetti te ha hecho famoso.

—La fama no engorda.

El rostro de Winters se ensombreció.

—¿Qué ocurre? ¿Necesitas dinero? ¿Cuánto? Pide sin reservas. La amistad que me unió con tu padre...

—Despacio, Steve —interrumpió Markham sonriente—. Sólo era un simple comentario. El caso Passetti no me proporcionó un centavo. De ahí que esté nuevamente trabajando. He aceptado un caso bastante interesante.

—Comprendo. Tu visita no es de cumplido.

Se acomodaron en sendos sillones.

Jerry Markham vació el vaso de whisky depositándolo sobre la mesa cercana al sofá.

—Sé que prometí visitarte con frecuencia, pero lo fui demorando. Hubiera acudido de inmediato de saber el regreso de Nancy.

—¡Es verdad!... Tú no conocías... ¿Cómo la has encontrado, Jerry? Llegó hace apenas un par de semanas. Preguntó por ti.

—Nancy es maravillosa.

Steve Winters rió orgulloso.

—Lo es, muchacho, lo es. Ha terminado brillantemente sus estudios de literatura. Ahora quiere ayudarme en mis escritos e investigaciones. Es una gran chica. ¿Cómo te ha recibido? De pequeños os prometisteis, ¿verdad?

—Se rompió el noviazgo el día en que Nancy cumplió los doce años. Recuerdo que le regalé un sapo. Aquél fue mi grave error.

Los dos hombres unieron ahora sus carcajadas.

—Ella te aprecia. Jerry. Al igual que yo. Pese a tus muchos defectos eres un buen muchacho. El colgar tu diploma de abogado para dedicarte a investigador privado me disgustó, pero reconozco que desempeñas tu trabajo

con dignidad. Es difícil combatir el vicio, la corrupción y violencia sin mancillarse.

—¿Otro de tus sermones?

—Disculpa, Jerry. Tal vez me esté volviendo viejo realmente.

—Todavía te queda mucha cuerda — Markham extrajo su cajetilla de tabaco—. Apuesto a que también este año presides el Congreso Mundial de Parapsicología y Ciencias Ocultas.

—Sí. Eso espero.

—Eres el mejor en la materia, ¿no?

Winters entornó los ojos.

Acentuando las arrugas de su rostro.

—Me considero uno de los mejores parapsicólogos del mundo, Jerry. ¿Desde cuándo te interesas por mis actividades?

Markham no contestó.

Llevó su mano derecha a la espalda. Bajo la chaqueta. Extrajo el puñal que tendió hacia su interlocutor.

Steve Winters lo tomó con ambas manos.

Cuidadosamente.

Delatando en su rostro un vivo interés.

—¿Dónde lo has conseguido, muchacho?

—Eso quisiera saber yo, Steve —dijo el detective exhalando una bocanada cíe humo—. Su procedencia.

—Es el puñal de Leonardo.

Jerry Markham tragó saliva.

Un súbito escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—¿Te refieres al diablo Leonardo, príncipe de la Lujuria?

Winters sonrió.

—No te hacía versado en estos temas, muchacho. Ciertamente, Leonardo es el nombre dado a uno de los demonios de la corte de Satán, aunque el honroso título de príncipe de la Lujuria corresponde a Asmodeo. Leonardo se caracteriza por su arrogancia y seducción. Con frecuencia preside el sabbat bajo la forma de macho cabrío. Participa activamente en las orgías sexuales de sus discípulos adquiriendo para ello forma humana. La de un atractivo joven de rubios cabellos y ojos azules. Hay cientos de testimonios en viejos escritos que tratan de la posesión de mujeres por íncubos. Leonardo es el más famoso de ellos. Íncubos son demonios con forma masculina y los súcubos son los que adoptan la apariencia femenina.

—¿Hay algo de cierto en eso, Steve?

—No comprendo tu pregunta, muchacho...

—¿Puede el diablo tomar forma humana y deambular por las calles de San Francisco?

Winters se reclinó en el sillón.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Ciertos temas son sumamente peligrosos, Jerry. Asuntos más peligrosos

que la Mafia. Satanás vaga entre nosotros desde eh principio de los siglos. La teoría de los talmudistas asegura que el pecado de Eva fue mantener contacto camal con el Demonio. Desde entonces la aparición de íncubos y súcubos se sucede. Hechos comprobados y admitidos incluso por la Iglesia. San Victoriano fue tentado y vencido por el diablo bajo la apariencia de seductora muchacha. Infinidad de casos, Jerry.

—¿También ahora? ¿En pleno siglo XX?

—Satanás y su corte infernal están ahora en plácido reposo. No necesitan tentar al hombre. Este se condena por sí solo. No obstante prolífera, especialmente en California, las sectas de adoradores de Lucifer. Al igual que los médiums, brujos y falsos profetas que aseguran poder comunicarse con el Más Allá y disfrutar de extraordinarios poderes. Los parapsicólogos hemos descubierto a muchos de estos farsantes.

—No has respondido a mi pregunta, Steve.

—¡Íncubos y súcubos en las postrimerías del siglo XX? Por supuesto que sí, Jerry. El poder de Satanás es ilimitado. La posesión puede ser involuntaria, con la víctima dormida, semidormida o hipnotizada; posesión satánica en la cual la víctima participa conscientemente en su unión con el diablo, y por último la posesión mágica influenciada por las fuerzas astrales del brujo que dirige la ceremonia. Recientemente no consta ningún caso demostrado, pero si puedo mostrar datos de participación de íncubos y súcubos en 1943, 1969...

Markham aplastó el cigarrillo.

—Haces mal, muchacho. Los sabbats, reuniones espiritistas, orgias satánicas, sacrificios y ritos demoníacos actuales son ejecutados por lunáticos que se creen guiados por el mismísimo Satanás. Le invocan una y otra vez sin que el Príncipe de las Tinieblas se digne a aparecer. Yo no creo en esas infernales orgías ahora de actualidad. Los frecuentes «party-terror» que amenizan las reuniones de los divos de Hollywood. La presencia real de Satanás o cualquiera de sus espíritus del Mal es muy limitada. En ésa sí creo. Los farsantes, aunque con asombrosos poderes, son fácilmente descubiertos.

—¿Puedes acaso demostrarme que este puñal pertenece a... Leonardo?

Steve Winters sonrió.

Enigmático.

—En mi despacho tengo una valiosa biblioteca, Jerry. Incunables del satanismo, la brujería y ciencias ocultas. Los secretos del Averno, Diccionario Infernal... y una gran variedad de grimorios manuscritos hace ya siglos. En varios de estos libros se describe al atractivo Leonardo cuando toma forma humana. Una capa roja con cordón de oro cubre su desnudez. Para el sabbat utiliza un puñal de curva hoja cuyo mango es una serpiente enroscada de oro. Los ojos de la serpiente dos brillantes de rojizo fulgor. He visto el dibujo. Coincide con este puñal, muchacho. Sin ninguna duda.

—Eso nada significa. Cualquier secta adoradora de Satán, guiada por el dibujo, puede ordenar construirlo.

—No niego esa posibilidad, Jerry. Es lo normal. Hace años, en el sur de

Francia, cuna del aquelarre, tuve entre mis manos un cuchillo como éste. Tal vez de hoja más larga. Tengo noticias de otros en Inglaterra, en España y África. Recientemente un colega me comentó la existencia de un puñal de Leonardo en Estados Unidos.

Concretamente aquí, en San Francisco. Estaba en poder de un anticuario. Su desorbitado precio hizo desistir a mi amigo de adquirirlo. Tal vez se trate de este mismo.

—¿Es posible dar con la dirección de ese anticuario?

—Pues...

—Me seria de mucha ayuda, Steve.

—Bien. Trataré de localizar a mi amigo. Tengo su número de teléfono en el despacho. Espera unos minutos, muchacho.

Steve Winters abandonó el salón.

El puñal quedó sobre la mesa.

Jerry Markham permaneció con la mirada fija en la siniestra arma. En el brillo de su hoja, el fulgor de aquellos rojizos brillantes que destacaban poderosamente de la cabeza de la serpiente.

El puñal de Leonardo.

El incubo de pelo rubio, ojos azules y capa roja.

Tal como lo describió Kathleen Conway.

Jerry Markham, muy a su pesar, volvió a sentir un escalofrío por la espina dorsal.

* * *

—¿Dónde está mi padre?

La súbita voz hizo que Markham, sumido en alucinantes pensamientos, diera un respingo.

—¡Buen susto me has dado, maldita sea!

—¿Quién creías que era? —rió Nancy en cantarina carcajada.

Jero Markham contempló fijamente a la muchacha.

Nancy había cambiado de vestimenta. Ahora lucia un sweatshirt de cuello redondo en algodón rojo, complementado con pantalón de gabardina, pañuelo azul al cuello y zapatos bicolores. Un conjunto deportivo y juvenil que acentuaba la perfección del cuerpo femenino.

Un buen ejemplar a imitar por futuros súcubos. Diablesas de las características de Nancy tenían la tentación asegurada.

—Tu padre ha ido un momento al despacho.

Nancy tomó el vaso de la mesa.

Lo olfateó con gracioso mohín.

—¿Otro whisky, Jerry?

—Sí, gracias.

Steve Winters retornó con un papel en su mano derecha.

—Hemos tenido suerte, Jerry. Mi amigo estaba en casa y recordaba al

anticuario. Aquí tienes la dirección. Vio el puñal en la tienda hace ya unos tres meses. Es de suponer que se trata del que ahora está en tu poder. Este tipo de objetos no abundan. ¿Puedo saber cómo llegó a tus manos?

El detective tomó el papel.

Guardó nuevamente el puñal.

—Secreto profesional, Steve.

—Lo suponía. Te aconsejo prudencia, muchacho. Pisas un terreno peligroso y... desconocido. No dudes en acudir a mi si te encuentras en dificultades.

—Lo haré.

—¿Tienes el auto abajo, Jerry? —Interrogó Nancy—. El mío está en el taller y tengo que ir ahora hasta Market Street.

—Será un placer, Nancy. Adiós, viejo. Ten por seguro que ahora te visitaré con más frecuencia.

El detective y la joven abandonaron el apartamento.

El auto de Jerry Markham, un Ford Mustang «Cobra 11» color hueso, permanecía estacionado en doble fila.

Se acomodaron en el vehículo.

—Jerry...

—¿Si?

—No tengo que ir a Market Street. Fue una disculpa. Sólo quería estar contigo. Me lie comportado como una chiquilla fingiendo no reconocerte, mostrándome esquiva... Quería probarme a mí misma. Saber si aún seguía fiel a tu recuerdo. Tu promesa me ha acompañado todo este tiempo, Jerry. Los seis años de ausencia. Día a día.

—¿Mi promesa?

Nancy le echó los brazos al cuello.

Inesperadamente.

Aplastando sus labios contra los de Markham.

—Sí. Jerry. Recuerdo una a una tus palabras. En el aeropuerto. Tú y mi padre al despedirme.

—Si... te lleve una caja de bombones y el comic de la Little Lulu.

—¿De veras? —Rió Nancy mostrando su nívea y perfecta dentadura—. Eso no lo recordaba, pero si tu promesa de matrimonio. Casarnos a mi regreso de Massachusetts.

Jerry Markham palideció.

Por tercera vez en corlo espacio de tiempo percibió su cuerpo estremecerse por el terror.

CAPITULO IV

El «Mustang» frenó próximo al 1.233 de Della Street.

Todos los intentos de Jerry Markham por desembarazarse de la muchacha resultaron vanos.

—Oye, Nancy... Tengo mucho trabajo. ¿Por qué no eres buena chica y regresas a casa? Te telefonearé un día de estos.

—¿Así te comportas después de seis años sin vernos? ¡Soy tu prometida, Jerry!

Markham forzó una sonrisa.

No recordaba haber formulado proposición de matrimonio a Nancy.

—Hace seis años eras una chiquilla, Nancy. Reconozco mi... mi error. No quiero someterte a mi voluntad. Eres joven. Disfruta de la vida. Puedes considerarte libre del compromiso.

Nancy sonrió.

Con un extraño brillo en sus verdes ojos.

—Eres maravilloso, Jerry. Cuando recibí tu proposición tenía diecisiete años. No era una niña. Por supuesto que espero disfrutar de la vida. Contigo. Te quiero, Jerry. ¿Y tú?

Markham abrió nerviosamente el salpicadero del auto.

Extrajo el puñal envuelto en el pañuelo de seda.

—Espérame aquí, Nancy. Tenemos que hablar seriamente.

—¿Dónde vas con el puñal de Leonardo?

Jerry Markham, ya con la portezuela del auto entreabierta, giró fijando su mirada en la sonriente muchacha.

—¿También tú lo conoces?

—¿Olvidas quién es mi padre? Fui licenciada con una brillante tesis sobre el satanismo en los umbrales del siglo XXI. Y ahora estoy escribiendo un libro sobre la Corte Infernal. Leonardo es uno de mis demonios preferidos.

Markham quedó pensativo.

Una fracción de segundo.

—Acompáñame, Nancy. Puede que resulte positivo contar con la colaboración de una experta como tú.

Descendieron del «Mustang.

En el 1.233 de Della Street se emplazaba la tienda de antigüedades. En el escaparate se amontonaban los más variados objetos. Sobre el cristal, con letras ya descoloridas, el nombre del propietario.

«Sam Hooper. Anticuario.»

Jerry Markham empujó la puerta de entrada cediendo el paso a la muchacha.

El local era reducido. Acentuada la carencia de espacio por la cantidad de objetos allí almacenados. Estatuas, cuadros, armaduras, libros, muebles...

Un hombre surgió tras unos cortinajes que ocultaban una segunda estancia.

—Buenos días —saludó con servil sonrisa—. ¿Desean algo?

Markham estudió al individuo.

Con cierto desagrado.

Aquello apestaba a humedad. A viejo. Un hedor que también parecía emanar del individuo. De unos sesenta años de edad. Rostro blanquecino y descamado, con la piel materialmente pegada a los huesos.

—¿Es usted Sam Hooper?

—Sí.

Jerry Markham dejó el envoltorio sobre el mostrador. Abrió el pañuelo de seda descubriendo el puñal.

—¿Lo reconoce, Hooper?

El rostro del individuo no se inmutó.

—Por supuesto. Lo vendí hace unos meses. Un objeto muy valioso y de difícil adquisición.

—¿Quién fue el comprador?

—No puedo facilitarle esa información, señor. Ética profesional. La gente compra y vende. Mi deber es...

Markham extrajo su credencial.

—Soy investigador privado, Hooper. Si lo prefiere puedo hacerme acompañar de la policía para que responda a mi pregunta.

El anticuario sí alteró ahora sus facciones.

Esbozó una sonrisa.

—No será necesario... El cliente tampoco me solicitó que guardara el secreto. Lo adquirió una joven. La señorita Kathleen Conway.

—¿Está seguro? —Markham trató, sin conseguirlo, de ocultar su sorpresa —. ¿Cómo puede recordar el nombre si la venta se efectuó hace meses?

—Fue una venta muy especial, señor Markham. Por el objeto en sí y por su elevado precio. Este puñal es atribuido al diablo Leonardo. Estuvo en mi poder durante muchos años. Lo adquirí en una subasta de Nueva York. Poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Jamás lo expuse a la venta, sino que permaneció en la trastienda. Soy especialista en objetos de culto a Lucifer. La señorita Conway curioseó por la trastienda en busca de grimorios. Vio el puñal de Leonardo y se encaprichó de él. Tampoco le importó el elevado precio. Quince mil dólares.

—.¿Tiene registrados esos datos?

Sam Hooper, sin responder, se limitó a abrir uno de los cajones del mostrador. Mostró un voluminoso libro. Rebuscó entre sus páginas hasta localizar la fecha deseada.

—Aquí lo tiene... el día siete de abril... La compra efectuada y el pago mediante un cheque por valor de quince mil quinientos dólares. Lo acepté dada la garantía de la señorita Conway. Su difunta madre fue también un magnífico cliente.

Markham estaba consultando el libro.

—Estos quinientos dólares...

—El puñal de Leonardo fue valorado en quince mil dólares. Los quinientos restantes corresponden al pago de un pergamino de invocación a Leonardo. Una hoja de un grimorio del siglo XVI.

—¿Se refiere a Invocación de Amor a Leonardo? —interrogó Nancy, participando en la conversación— cuarta de las plegarias dedicadas a Leonardo en el grimorio Oraciones Satánicas?

Sam Hooper parpadeó posando su mirada en la joven.

Perplejo por aquellos conocimientos.

—Sí, en electo...

Markham guardó nuevamente el puñal.

—Gracias por todo, Hooper.

—¿Es usted ahora el propietario del puñal, señor?

Si tiene intención de desprenderse de él no dude en acudir a mí. Superaré cualquier oferta que reciba.

El detective no contestó.

Dirigió a Hooper una fría mirada.

Abandonaron la tienda.

Jerry Markham, ya frente al volante del «Mustang», encendió un cigarrillo. Con lentos movimientos.

Pensativo.

—¿Qué te ocurre, Jerry? ¿No has quedado satisfecho del interrogatorio?

—No, maldita sea.

—¿Qué investigas?

—Una violación. Una muchacha ultrajada por el diablo Leonardo. Divertido, ¿verdad?

—Si esa muchacha fue la que compró Invocación de Amor a Leonardo no hubo violación.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo una copia del grimorio Oraciones Satánicas en mi apartamento, Jerry. Está cerca de aquí. En Lind Street. Te invito a almorzar y así podrás echar un vistazo.

—¿Tu apartamento?

Nancy sonrió.

Sensual.

—Ajá.

—Creí que...

—Todos los días visito a mi padre. El me asesora en mis dudas para la realización del libro que estoy escribiendo. Algunas noches me quedo con él, pero tengo mi propio apartamento. ¿Aceptas la invitación?

Jerry Markham, por toda respuesta, pisó o fondo el pedal del gas.

* * *

El almuerzo preparado por Nancy se limitó a un grueso «*pastrami*» con

cerveza. Un sándwich de carne de buey cocida al vapor, aromatizada con especies y conservada en maduración durante cierto tiempo. Así almacenada la carne, al momento de servirla, sólo se debe recalentar y cortar en lonchas.

Después del café una copa de «*Courvoisier*».

Jerry Markham chasqueó la lengua saboreando el brandy. Dejó la copa sobre la mesa para coger la cajetilla de «True» y encender un cigarrillo.

Se reclinó en el sofá.

En el salón, aunque amueblado en serie al igual que los restantes apartamentos de alquiler del edificio, se advertían detalles y adornados sin duda adicionados por Nancy para romper el estilo estándar.

La muchacha apareció portando una carpeta de anillas.

Se acomodó junto a Markham.

—Ya lo he encontrado, Jerry. Aquí está. Invocaciones a Leonardo, del grimorio Oraciones Satánicas. Traducción literal del original manuscrito en el siglo XVI. La plegaria cuarta es en demanda de los favores amorosos de Leonardo. La mujer debe recitar la oración siete veces.

Markham lijó la mirada en el párrafo señalado por la joven.

Comenzó a leer.

—«Ven a mi lecho, Leonardo, y júntate conmigo esta noche; mi deseo de poseerte es tal que te entrego mi cuerpo para que dispongas de él una vez, dos veces, tres... Tengo en mi mano el unto diabólico prescrito en los rituales para aromatizar mi cuerpo. Ven, Satán; ven, Leonardo, por el poder de Lucifer, en el nombre de los diablos, tus hermanos, y no permitas fruto de tu carne.»

El detective cerró lentamente la carpeta.

—¿Qué te ha parecido, Jerry?

—Una vulgar patraña. Todo esto lo concibo en la ignorancia de ciertas gentes de la Edad Media, pero no añora.

—Jamás tuvo Lucifer tantos adoradores como en la actualidad. Las sectas satánicas y las «misas negras» en honor al Rey de las Tinieblas proliferan.

—Eso nada significa. Consecuencias de una sociedad aburrida y carente de emociones. Los «Satán-party» dirigidos por brujos para amenizar las veladas de Hollywood son también una patraña.

—Cierto, Jerry. Son una farsa. Una forma más de divertirse, pero existen sectas que se practican el satanismo siguiendo fielmente ancestrales ritos. Con las pautas fijadas en los grimorios.

—Ya. Y entonces aparece Leonardo.

—No te burles, Jerry. Ciertas cosas no hay que tomarlas a broma. El hecho de haber aceptado el caso demuestra que crees en lo sucedido.

Markham vació la copa de brandy.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No, Nancy. Por supuesto que me interesó el caso. Ya que has oído mencionar el nombre de Kathleen Conway, y confiando en tu discreción, te hablaré de él.

La muchacha escuchó atentamente la resumida narración de Markham.

En su bello rostro se reflejó cierto estupor.

—¿Por qué has aceptado el caso, Jerry? Todo es producto de la imaginación de Kathleen Conway. Ni el más crédulo de los mortales daría por buena semejante historia. Máxime con los antecedentes de Kathleen Conway.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... Los antecedentes de Doris Conway. La madre de Kathleen. Una fanática del satanismo.

—Del espiritismo —rectificó Markham.

—Te equivocas, Jerry. Últimamente Doris Conway protegía económicamente al Trígono Rojo. Una siniestra secta controlada por un tal Elliot Spacek y sus médiums. Las actividades del Trígono Rojo, aunque sin tener pruebas de ello las autoridades, practica más el satanismo que el espiritismo.

El detective sonrió.

—He oído hablar del Trígono Rojo. Famoso en toda California. Los divos de Hollywood acuden a San Francisco y solicitan hora para ser recibidos, los magnates se disputan una entrevista con los médiums para conocer el futuro de sus negocios...

—Elliot Spacek tiene grandes poderes psíquicos. Un hombre sumamente peligroso. Mi padre y otros parapsicólogos se enfrentaron a él y salieron derrotados. Sin poder desmentir ni demostrar la posible falsedad de sus actos, limitándose a calificarlos de supranaturales.

—Doris Conway, por intervención de los médiums, sólo buscaba comunicarse con su difunto marido.

—Tal vez fuera ésa su primera intención, pero posteriormente me consta que subvencionó con elevadas sumas los estudios del Trígono Rojo.

—¿Estudios?

—Una de las metas del Trígono Rojo es el descifrar los signos cabalísticos de la antigüedad que aún permanecen sin descubrir, la influencia y poder de determinadas cábalas, el conocer plenamente las Clavículas de Salomón y demás anagramas. Puede que te sorprenda, Jerry; pero las Ciencias Ocultas se fundamentan en la cábala. Elliot Spacek centra idiota sus investigaciones en la influencia del número tres.

Jerry Markham arqueó las cejas.

Intrigado.

—¿Cómo has dicho?

—De nuevo te parecerá absurdo, pero el número tres encierra un gran significado. Es como si motivara todo acto o acontecimiento humano. El número tres en la creación: padre, madre e hijo. Tres son las partes del cuerpo humano: cabeza, tronco y extremidades. Tres son los reinos de la Naturaleza: vegetal, mineral y animal. Tres los poderes del Estado: legislativo, ejecutivo y judicial. Tres los períodos de la vida: nacimiento, desarrollo y muerte. Tres son las divinidades de la Santísima Trinidad, al igual que Brahma. Visnú y Siva en la India. Tres son...

—¡Ya basta, maldita sea!... Todo esto es ridículo.

Nancy se encogió de hombros.

Sonriente.

—Piénsalo dos veces, Jerry. Cambiarás de opinión.

—¿Por qué no tres? ¡Es el número mágico! Espiritismo, brujería, satanismo... Yo tengo los pies en la tierra, Nancy. Y lo demostraré cuando pisotee las tripas al bastardo que atacó a Kathleen Conway simulando ser el diablo Leonardo.

—No existe. Es irreal. Fruto de la imaginación de Kathleen. Sin duda influenciada por las creencias de su difunta madre. ¿Acaso no te ha convencido tu interrogatorio al anticuario? Kathleen compró el puñal.

—Eso dice Sam Hooper.

—Está el cheque, Jerry. Por quince mil quinientos dólares. Firmado por Kathleen Conway. En el Banco, dado lo elevado de la suma, comprobarían escrupulosamente la firma. También está lo referente al pergamino de invocación a Leonardo. Todo ello suficiente para impresionar a Kathleen y hacerle «vivir» lo que en verdad fue una pesadilla.

—Sospecho algo turbio, Nancy. ¿Por qué iba Kathleen a acudir a mí en demanda de ayuda? Ella ignora que firmó el cheque.

—Es posible. Su mente...

—¿Ya la consideras loca? —Interrumpió Markham—. ¿Sólo por el hecho de que su madre fue internada en un centro psiquiátrico?

—No quiero discutir contigo, Jerry. Investiga toda esa fantasía. Apuesto a que tus honorarios son elevados.

—¿Insinúas que...?

Nancy se incorporó.

Riendo a carcajadas.

Jerry Markham tomó el listín telefónico del revistero acoplado al televisor-mueble.

Comenzó a pasar hojas.

—¿Qué haces, Jerry?

—Busco el número del sexólogo. Un médico al que acudió Kathleen Conway esta misma mañana. Un tal Dean Sturges. Espero que no desmienta la versión duda por Kathleen. Sturges... Sturges...

—¿Esperas que te dé datos de un paciente?

—Sólo quiero saber sus horas de consulta. Me desplazaré hasta allí. El dinero desata lenguas, Nancy.

La muchacha abandonó silenciosamente el salón.

Markham dio con el número buscado.

Dean Sturges, 1.432 de Hodge Road...

Extendió su diestra para alcanzar el micro depositado sobre la mesa. No recibió la señal que permitía efectuar la llamada. Tecleó el aparato sin éxito.

—¡Eh, Nancy!... ¿No funciona el teléfono?

—¡Llama desde aquí, Jerry! — respondió lejana la voz de la muchacha.

Markham se levantó del sofá.
Pasó al corredor.
Una de las puertas abiertas.
Correspondiente al dormitorio.
Allí estaba Nancy.
El teléfono de la mesa de noche descolgado. Impidiendo la comunicación por el supletorio del salón.
Jerry Markham no reparó en ello.
Sólo tenía ojos para Nancy.
Markham avanzo hacia la joven.
Ahora si descubrió el descolgado teléfono, pero no hizo ademán de cogerlo.
Llamaría más tarde a Dean Sturges.
Una conversación que jamás llegaría a celebrarse.
El detective ignoraba que Dean Sturges, en aquellos momentos, emprendía el largo viaje sin retorno al Más Allá.

CAPITULO V

Prematuros luminosos de neón comenzaban a alegrar con sus multicolores intermitencias las calles de San Francisco.

El tráfico era intenso.

Jerry Markham maldijo entre dientes al ser obligado a detener la marcha del «Mustang» en un stop.

Consultó su reloj de pulsera.

Habla demorado en demasía su estancia en el apartamento de Nancy. No lo lamentaba, aunque...

Nancy.

Una chica realmente peligrosa.

Dejaría de verla durante una temporada. Hasta que olvidara esa absurda promesa de matrimonio. De continuar con la agradable compañía de Nancy posiblemente terminaría frente a un juez de paz. Y eso no entraba en los planes de Jerry Markham.

Reanudó la marcha.

Ya estaba próximo a la empinada calzada de Hodge Road.

Desde el apartamento de Nancy había telefoneado reiteradamente, pero sin recibir respuesta de Dean Sturges. No le sorprendió. Aquellas no eran horas de consulta.

Llegó ante el 1.432 de Hodge Road.

Descendió del «Mustang».

Un edificio de seis plantas. Viejo. De gris fachada. A la entrada una placa enunciaba los servicios del doctor Dean Sturges y sus horas de consulta. Sólo por las mañanas.

Un muchacho estaba sentado en las escaleras que conducían al portal del edificio. En sus manos una publicación. No se percató de la proximidad del detective. Estaba muy entusiasmado en su lectura.

—¡Eh, compañero! —Llamó Markham—. ¿Conoces al doctor Sturges?

El muchacho alzó la mirada.

—¿Al viejo Sturges? ¡Seguro!

—¿Puedes facilitarme su domicilio particular? Me urge hablar con él.

—No lo recuerdo muy bien...

Jerry Markham comprendió.

Del bolsillo de la chaqueta sacó un dólar que el muchacho hizo desaparecer con rapidez.

—Russian Hill, en el 92 de Scott Street, planta ocho, apartamento cuatro izquierda.

—Gracias.

—¡Señor!... No se moleste en ir allí. No encontrará a Sturges.

—¿Dónde está?

El muchacho extendió la diestra.

Recibió un segundo dólar.
—Le encontrará arriba. En su consultorio —sonrió el joven—. Almorzó en el bar de Curtis y después subió. No le he visto salir. Puede intentar la entrevista, pero le advierto que no quiere ser molestado por las tardes. No recibe visitas ni .responde al teléfono.
Jerry Markham entornó los ojos.
Fijos en el risueño muchacho.
—Estoy perdiendo facultades. Tú llegarás lejos, hijo. Sigue así. Te vaticino un puesto de banquero en el futuro.
El detective penetró en el edificio.
La placa anunciaba el consultorio en la segunda planta.
No funcionaba el ascensor.
En la escalera el hedor a humedad era aún más intenso.
Pulsó el timbre de la puerta. Reiteró la llamada a los pocos segundos. Al no recibir respuesta, golpeó la hoja de madera con los nudillos de la mano derecha.
La puerta cedió.
Mansamente.
Jerry Markham terminó de abrirla.
En la reducida antesala no había nadie. Tras la mesa de recepción una puerta de doble hoja.
El detective avanzó.
—¡Doctor Sturges!...
Jerry Markham posó su mano izquierda en uno de los nomos de la puerta. Hizo deslizar una de las hojas.
Pasó al consultorio.
La estancia aparecía iluminada.
A la izquierda un biombo. En el centro de la habitación una mesa escritorio y tres sillones. El archivador, una mesa-camilla, el lavamanos...
Markham acudió hasta el archivador.
Abrió el primero de los cajones. Allí estaban las fichas clasificadas por orden alfabético.
Buscó el nombre de Judith Smith.
El nombre falso dado por Kathleen Conway.
Sin hallarlo.
Fue hacia la mesa escritorio. Removió entre los papeles allí amontonados descubriendo una relación de las visitas efectuadas en el día. Cinco nombres de mujer. Con su correspondiente filiación que añadía el caso del paciente, el tratamiento a seguir y demás datos de interés para el historial clínico. En cada hoja de registro se adjuntaba una ficha que, después de rellenada, pasaría al archivador.
No figuraba allí tampoco el nombre de Judith Smith.
Jerry Markham abrió los dos cajones de la mesa escritorio. Sin hallar nada de interés. El tercero estaba cerrado con llave. Aquello no fue obstáculo para

el detective. Su llavero iba provisto de un lima-uñas muy especial.

En cuestión de segundos abrió el tercer cajón.

Sólo contenía un álbum y una cámara fotográfica.

Una mueca de sorpresa se reflejó en el rostro de Markham al contemplar las fotografías del álbum.

Desnudos femeninos.

Fotografías realizadas en el mismísimo consultorio.

Cada hoja contenía seis cartulinas. Seis fotografías. En la primera lámina una joven ejecutaba una especie de *strip-tease*. La primera fotografía se veía despojándose del vestido junto al biombo... En las dos últimas fotografías, la muchacha estaba sobre la mesa camilla. Los encuadres eran ahora parciales.

Cada hoja del álbum, con seis fotografías, una muchacha diferente. Todas ellas jóvenes y atractivas. Ninguna de ellas parecía ser una profesional del amor. Incluso sus poses carecían de picardía. Al igual que la forzada sonrisa que asomaba a sus rostros.

En cada lámina un nombre.

El último, de un total de cuarenta y seis, correspondía a una tal Jacqueline Logan.

Jerry Markham acudió nuevamente al archivador. Buscó en el apartado destinado a la letra «L».

Allí estaba.

Jacqueline Logan. Con su historial clínico. Las visitas realizadas...

El detective cerró el archivador y el tercer cajón de la mesa escritorio. Trazó una semicircular mirada por la estancia.

Le hubiera agradado conversar con Dean Sturges. Máxime después de descubrir su apasionante hobby. Fotografiar desnudas a las pacientes.

Si.

Un bonito hobby.

Jerry Markham, encaminándose hacia la puerta de doble hoja, se detuvo al ver asomar bajo el biombo aquel viscoso líquido rojo. Un reguero que lentamente se iba extendiendo.

Markham no se molestó en inspeccionar más detenidamente aquel líquido.

Era sangre.

Incluso parecía olfatearla.

A grandes zancadas pasó tras el biombo.

Frenó en seco.

Una súbita palidez se apoderó de las facciones de Jerry Markham. Se esforzó en tragar saliva.

Aquél debía ser Dean Sturges.

Un individuo de unos cincuenta años de edad.

Estaba sentado en el suelo. Con la espalda apoyada en la pared. Se cubría con una bata blanca. Las piernas extendidas. Las manos sobre los muslos. Con las palmas hacia arriba. Sosteniendo... sosteniendo su cercenada cabeza.

* * *

Uno de los muchachos de dactiloscopia vomitó en el lavamanos.

Los flashes se centraron en la macabra escena.

El decapitado Dean Sturges, con la ensangrentada cabeza en las manos, no era ciertamente un agradable espectáculo. La sangre del seccionado cuello empapaba las ropas. Al igual que la emanada de la cercenada cabeza teñida de rojo las manos, el pantalón, resbalando hasta alcanzar el distante biombo.

El inspector Paul Widmark, del Departamento de Homicidios, meso nerviosamente sus grisáceos cabellos.

—¿Cómo lo haces, Jerry? ¿Cómo te las compones para estar involucrado en los más espeluznantes casos? Aún no teníamos ultimados ciertos detalles del asunto Passetti y... ¡ahora esto!

Markham succionaba ávidamente un cigarrillo.

—¿Involucrado? Oye, Paul... Me conoces bien. Somos amigos y debes creerme. ¡Ni tan siquiera conocía a Dean Sturges! Al descubrir el cadáver te telefoneé de inmediato.

—Apuesto a que no has tocado nada.

—Bueno... he estado curioseando por ahí —reconoció Markham consciente de que los expertos en dactiloscopia hallarían sus huellas—. Ignoraba que tras el biombo se ocultaba un cadáver. Supuse que Sturges estaba ausente y decidí esperarle, tal vez toqué el archivador, la mesa...

—Y forzaste el tercer cajón.

—Me intrigó que fuera el único cerrado con llave.

—Tenía que estarlo por su contenido —dijo el inspector—, El tal Sturges ha resultado un mal sujeto, investigaremos en esas muchachas que se dejaban foto- arañar.

—¿Puedo irme, Paul? Me encuentro mal..., el estómago...

—Tú tienes estómago para esto y mucho más. No, Jerry. No puedes irte. Aún no me has dicho el motivo de tu visita a Sturges. No le conocías, jamás le habías visto..., ¿qué diablos hacías aquí?

Jerry Markham, al oír la palabra «diablos», sintió un nudo en la garganta.

—Acudí a su llamada, Paul. Dean Sturges telefoneó esta mañana. Dijo que tenía algo muy importante para mí. Algo que podía interesarme.

—Maldito embustero.

—¡Es cierto, Paul! —Mintió Markham con aplomo—. No quiso darme ninguna información por teléfono. Sólo dijo que tenía algo importante que venderme.

—Ya. Y tú acudiste dócilmente. Sin preocuparte de nada más. ¡El inocente Jerry!

Markham asintió con repetido movimiento de cabeza.

—Así fue, Paul. Aún no tengo ningún caso entre manos. Estoy sin hacer nada desde que terminó el caso Passetti. ¿Por qué no acudir a la cita? Podía ser algo interesante.

—No te creo una sola palabra. Jerry. Mañana te quiero en mi oficina. A primera hora. ¡Ahora lárgate!

—¿Puedo irme?

—No eres el sospechoso número uno. Apuesto a que tienes coartada entre las doce y las quince horas, una muchacha que jura que estuvo contigo almorzando y luego viendo la televisión.

—Correcto, Paul.

—Lo suponía, Jerry. Lárgate. Avanzadas un poco más las investigaciones hablaremos detenidamente. Espero poder mañana comprometer esa cita que dices te llegó de Sturges. Puedes irte. No interrumpas más mi trabajo. Este infernal trabajo...

Jerry Markham no se hizo repetir la orden.

Abandonó el edificio.

Precipitadamente.

Al acomodarse frente al volante del «Mustang II» se inclinó en el asiento cerrando momentáneamente los ojos.

Su mente rememoró el decapitado cuerpo de Dean Sturges.

De inmediato abrió los ojos.

Apartando aquella visión.

El detective pasó el dorso de la mano derecha por la frente. Húmeda. Perlada por un fino y frío sudor.

Consultó el reloj.

Tenía tan sólo una hora de tiempo para acudir a la fiesta de sociedad dada por los Conway.

Kathleen Conway le había proporcionado invitación. Advirtiéndole del riguroso smoking. Se presentaría como un amigo. Un invitado más. Ocultando su condición de investigador privado.

La versión de Kathleen quedaba ahora sin poder confirmarse.

El anticuario Sam Hooper la desmentía.

Y en cuanto a Dean Sturges... su boca había sido cerrada para siempre.

El «Mustang II» inició la marcha.

Las manos de Markham crispadas en el volante. Las facciones endurecidas. En su mente...

Por primera vez empezaba a sopesar la absurda hipótesis de una intervención diabólica.

Sí.

El espeluznante asesinato de Dean Sturges sólo podía ser obra del mismísimo Satán.

CAPITULO VI

Fiesta de sociedad de los Conway.

En el suntuoso bungalow del l.742 de Byron Boulevard. En el residencial Barrio Torrence.

Dos orquestas amenizaban la velada. Una de ellas en el interior del bungalow. En otra, con un público más animado y numeroso, en el jardín.

La entrada a la amurallada vivienda era rigurosamente controlada. Los lujosos autos estacionados en un parking semicircular que envolvía un gigantesco seto.

Damas luciendo elegantes vestidos y caballeros de smoking deambulaban por el jardín, el invernadero y la piscina. Disfrutando de la cálida noche. En el interior del bungalow, pese al sistema de aire acondicionado, la atmósfera estaba más cargada.

Jerry Markham se encontraba incómodo dentro de aquel smoking en tejido de alpaca, con impecable camisa rizada y lazo al cuello.

—Ya no te esperaba, Jerry...

Markham sonrió.

—Me llevó mucho tiempo desempolvar el smoking, Kathleen.

—Ya sé que te encuentras molesto, Jerry. También a mí estas reuniones me crispan les nervios, pero son necesarias para las relaciones públicas de la Conway Metals.

—No te disculpes conmigo, pequeña. Fui yo quien sugirió ser invitado. Quiero conocer tu ambiente.

—¿Has averiguado algo?

—En el auto tengo el puñal, Kathleen. Ya no lo necesito y...

—¡No lo quiero!

La súbita exclamación de la muchacha llamó la atención de los invitados más cercanos.

Jerry Markham dejó su copa sobre la longitudinal mesa para tomar el brazo de la joven.

—¿Dónde podemos hablar discretamente, Kathleen?

Abandonaron el espacioso salón.

Atravesaron las estancias contiguas, también muy concurridas, hasta alcanzar una puerta que parecía custodiada por un individuo.

—¿Hay alguien en la biblioteca, Ralph?

—Nadie, señorita Conway —respondió el llamado Ralph haciéndose a un lado y accionando el pomo de la puerta.

Jerry Markham y Kathleen penetraron en la habitación.

La biblioteca aparecía adornada de valiosos cuadros y de un severo mobiliario.

El detective abrió una pequeña caja de madera de cedro seleccionando un aromático cigarro. Aplicó la llama del encendedor succionando

repetidamente. Por entre la cortina de azulado humo contempló a Kathleen.

Inmóvil.

En el centro de la estancia.

Con las manos entrelazadas, la mirada inquieta y la expectación reflejada en sus facciones.

Extraordinariamente bella con aquel vestido en crepé de lana y bordado con pallet. De audaz escote que descubría sus torneados hombros, espalda y mostraba parcialmente los erectos senos.

—¿En verdad no quieres el puñal, Kathleen? Está ahí fuera, en mi auto.

—¡No!

—Es un objeto valorado en quince mil dólares, Kathleen.

En el rostro de la muchacha se acentuó la impaciencia.

Se aproximó a Markham.

—Por favor, Jerry..., ¿qué has averiguado?

—Es un puñal atribuido, según escritos y manuales del satanismo, al diablo Leonardo. Fue vendido hace unos tres meses por un anticuario. Un tal Sam Hooper. Lo vendió por quince mil dólares.

—¿A quién?

Jerry Markham sonrió.

Fríamente.

—¿No lo sabes? A ti, Kathleen. Tú misma firmaste el cheque por quince mil quinientos dólares. Importe del puñal y de un pergamino.

La joven se tambaleó. Como si sus piernas se negaran a sostenerla. Sus facciones con la palidez de la azucena. Lentamente se dejó caer en uno de los sillones que adornaban la estancia.

—No..., no es posible...

—Si, Kathleen. Lo es. No lo he investigado, pero descarto la posibilidad de falsificación del cheque. Junto con el puñal compraste un pergamino conteniendo una oración de invocación al diablo Leonardo. Una plegaria en demanda de su amor.

—No... ¡No!... ¡No!... ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Estoy loca, Jerry! No recuerdo haber comprado ese maldito puñal..., no recuerdo nada...

Kathleen ocultó el rostro entre sus manos sollozando entrecortadamente.

Jerry Markham acudió a su lado.

Tomó el pañuelo del bolsillo superior del smoking.

Acarició los cabellos femeninos para acto seguido descubrir las crispadas facciones de la muchacha. Procedió a limpiar las lágrimas que ya surcaban las mejillas.

—No estás loca, pequeña. Confía en mí.

—Pero... yo compré el puñal...

—Puedes haber actuado en contra de tu voluntad, Kathleen. Hipnotizada, drogada...

—¿Por qué crees en mi, Jerry? Si compré el puñal, si invoqué a... a...

—He estado en el consultorio del doctor Dean Sturges. Le visitaste hoy,

¿no es cierto?

—St. Esta mañana. Apenas inició la consulta.

—No lisura tu visita en el registro, Kathleen.

—Me presenté con el nombre de Judith Smith.

—Ese es el nombre que busqué.

—Puede que el doctor Sturges no lleve un riguroso control de pacientes. Máxime si se trata de una sola visita. Yo no iba a requerir tratamiento ni posteriores consultas. Pregúntale. No negará..., ¿o también...?

—El doctor Sturges no puede negar ni afirmar nada, Kathleen. Cuando llegué estaba muerto. Decapitado.

La palidez de la muchacha se acentuó aún más. Entreabrió los labios balbuceando. Incapaz de articular palabra alguna.

Jerry Markham abarcó entre sus manos el rostro femenino.

—Tranquilízate, Kathleen. Tú eres ajena a esa muerte. Fue horas más tarde a tu visita.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué le han matado? ¿Quién?

—La policía está investigando. No les he comentado tu visita a Sturges, pero me temo que su muerte guarda relación con tu caso. Quien mato a Sturges se llevó tu hoja de visita,

—No comprendo...

El detective sonrió.

Palmeando animosamente la mejilla de Kathleen.

—Tampoco yo, aunque la muerte de Dean Sturges me ha abierto los ojos. El puñal, tu visita al doctor... Alguien trata de desmentir todas tus declaraciones. Quieren...

Se abrió la puerta de la biblioteca interrumpiendo las palabras de Jerry Markham.

Un hombre y una mujer se detuvieron bajo el umbral.

—Disculpa, Kathleen —murmuró el individuo—. Creí que no había nadie.

Kathleen se incorporó.

Forzando una sonrisa que era desmentida por sus nublados ojos.

—Pasar, por favor... Quiero presentaros a un buen amigo. Jerry Markham. Le conocí en mi viaje a Los Angeles. Cynthia Kellett dirige el Departamento de Relaciones Públicas de la Conway Metals. Y sobre Norman Lockwood descansa todo el peso de la compañía.

Lockwood rió a la vez que tendía su diestra al detective.

—Kathleen me aprecia en demasía, Markham. Soy uno más en la Conway Metals. Todos trabajamos duro para mantener el prestigio de la empresa.

Jerry Markham quiso centrar su mirada en el individuo.

Norman Lockwood.

El padrastro de, Kathleen.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad. Rostro bronceado. De correctas facciones. Pese a la incipiente nieve que asomaba en sus sienes aparentaba un vigor físico considerable. El smoking, chaqueta color hueso y

lazo rojo, incrementaba su deportivo aspecto.

Sí.

El detective se esforzó en contemplar a Norman Lockwood.

No lo consiguió.

Su mirada al padrastro de Kathleen fue fugaz.

Los ojos de Jerry Markham se centraron en la acompañante de Lockwood.

Muy lógico.

Cynthia Kellett, directora del Departamento de Relaciones Públicas en la Conway Metals, sin duda desempeñaba su trabajo a la perfección. Imposible no desear relaciones con ella.

La mujer frisaba en los treinta años de edad. Rostro de una belleza marcadamente sensual. Radicada especial en aquellos ojos negros y en los labios gordezuelos y húmedos. Lucía un vaporoso vestido negro. Audaz y provocativo. La transparente gasa permitía admirar el busto femenino. Los senos, presionados por la una tela que hacía resaltar su morbidez.

Los carnosos labios sonrieron a Markham.

—Me parece haber oído su nombre con anterioridad, señor Markham. ¿Está vinculado a la industria del metal?

—No. Ejerzo tina profesión... liberal.

Llegó uno de los mayordomos deteniéndose discretamente bajo el umbral. Con su mirada requirió la atención de Kathleen Conway. La muchacha, después de cruzar unas palabras con el sirviente, se disculpó.

—Richard quiere verme. Espérame, Jerry.

El detective asintió con un movimiento de cabeza.

—También yo me retiro —dijo Norman Lockwood—, aunque le dejó en buenas manos. Ha sido un placer conocerle, Markham.

Cynthia se colgó del brazo del detective.

—¿Me acompaña hasta el salón de baile? Detesto las bibliotecas.

—Igual me ocurre a mí —contestó Jerry Markham correspondiendo a la sonrisa de la mujer.

Abandonaron la estancia.

Por las diferentes salas del bungalow seguía la animación. Sirvientes de ambos sexos deambulaban ofreciendo bandejas con bebidas y manjares.

La orquesta ejecutaba una lenta melodía.

—¿Se anima, Markham?

—No soy buen bailarín, señorita Kellett.

—No se preocupe. Le prometo que apenas nos moveremos del sitio.

Se entremezclaron con las restantes parejas de baile.

Los brazos de Cynthia Kellett se enroscaron tras la nuca del detective. Pegando su cuerpo al de Markham.

—Puedes llamarme Cynthia. ¿De acuerdo, Jerry?

Markham no contestó.

Limitándose a corresponder debidamente a la mujer. Percibía el cuerpo femenino oprimido contra el suyo. Cada una de sus curvas. También su

turbador calor.
Entrelazó la cintura de Cynthia.
Apretándola aún más contra sí.
—Jerry Markham... Jerry Markham... sí... ahora recuerdo.
Cynthia alzó su rostro.
Próximo al de Markham.
Quemándole con su cálido aliento.
—¡Eres un investigador privado!
—¿De veras?
—Tu nombre salió en grandes titulares hace algún tiempo. Relacionado con la detención de un dirigente mafioso.
—Tienes buena memoria.
—Y también sospecho lo que haces aquí.
—Alterar mi presión sanguínea.
Cynthia rió en divertida carcajada a la vez que se separaba levemente. Rompiendo el abrazo.
—No eres amigo de Kathleen. Ella contrató tus servicios. ¿Me equivoco?
—Soy amigo de Kathleen.
—Contrató tus servicios, ¿no es cierto?
—¿Por qué iba a hacer tal cosa?
La música cesó.
Jerry Markham y la mujer acudieron hacia una de las mesas en busca de bebida.
—Soy algo más que la directora del Departamento de Relaciones Públicas de la Conway Metals, Jerry. Mi amistad con los Conway es de hace muchos años. Entré en la compartía a los dieciséis años de edad. Estoy considerada como algo más que una empicada.
—No lo dudo, Cynthia.
—Kathleen te contrató para averiguar lo ocurrido en Clover.
El detective entornó los ojos.
Fijos en la mujer.
—¿Qué ocurrió allí, Cynthia?
—Puedes seguir fingiendo, Jerry —Cynthia se encogió de hombros—. Comprendo la discreción de un investigador privado, pero conmigo no es necesario. Gladys, la doncella, nos comentó el... ataque sufrido por Kathleen en la mansión Clover. ¿Te has informado bien del caso? Te han encomendado un trabajo imposible. Nadie puede cazar a un fantasma.
La llegada de Kathleen Conway impidió la respuesta del detective.
—¿Nos disculpas, Cynthia?... Acompáñame, Jerry. Mi hermano quiere hablarte.
Markham se despidió de Cynthia con una irónica sonrisa.
Guiado por Kathleen fue conducido a una parte del bungalow no accesible para los invitados.
En un lujoso despacho esperaba Richard Conway.

—Déjanos solos. Kathleen.

—Pero...

—Obedece.

—Sí, Richard.

La muchacha abandonó la estancia cerrando tras de sí.

—Tome asiento, Markham —dijo Richard Conway acudiendo a un camuflado mueble bar—, ¿Le apetece un whisky?

—Gracias.

Richard Conway no retornó tras la mesa del despacho, sino que se acomodó en el sillón cercano al ocupado por el detective.

Le ofreció el vaso de whisky.

—Abandone el caso. Markham. Le indemnizaré debidamente por el tiempo perdido.

—Yo jamás pierdo el tiempo.

Conway inspiró con fuerza.

Era un individuo joven. De unos veinticuatro años de edad. De facciones aún aniñadas, aunque delatando firmeza de carácter.

—Por conducto de Gladys Moore, una de nuestras sirvientes, he sido informado de lo ocurrido en Clover el pasado week-end. Kathleen despertó bañada en sudor. Gritando aterrorizada. Gladys acudió, pero la puerta de la habitación permanecía cerrada. Kathleen ordenó que se retirara, aunque a los pocos segundos volvió a gritar.

Entonces si abrió la puerta a Gladys. Sin cesar sus histéricos alaridos. Asegurando haber ¿ido atacada por el diablo. Acabo de mantener una seria conversación con Kathleen y me confesó haber contratado sus servicios. ¿Por qué ha aceptado, Markham? Le considero un detective íntegro. Con un magnifico historial. Sé que no lo hace por conseguir unos dólares fáciles... ¿Por qué concede crédito a una pesadilla?

—Su hermana ha sido atacada, Conway.

—¡Kathleen sufre alucinaciones! —exclamó Richard Conway—, Está..., está obsesionada desde la muerte de nuestra madre. ¿Conoce las relaciones mantenidas por mi madre con grupos espiritistas?

—Sí.

—¿Y aún sigue dando crédito a Kathleen? ¿A sus absurdas historias de fantasmas?

—¿Usted no cree en fantasmas, Conway?

—¡No!

Markham sonrió.

Lentamente dejó el vaso sobre una mesa móvil.

—Entonces, ¿por qué no se atreve a ir a Clover? Tampoco Norman Lockwood. Kathleen es la única.

—Aquel caserón solitario no puede gustar a nadie

—¿Ese es el motivo?

—¡Está bien!... ¡De acuerdo!... Todos, incluida Kathleen, consideramos

Clover como un lugar maldito. Allí efectuaban sus sesiones espiritistas los protegidos de mi madre. A su fallecimiento comenzaron a suceder cosas raras. Objetos que se caen solos, ruidos extraños... Los sirvientes empezaron a sentir miedo y decidimos cerrar el caserón. Sólo Kathleen acude a pasar el week-end.

—¿Le habló su hermana del puñal?

—Sí, maldita sea... ¡Quince mil dólares! Kathleen dispone de una cuenta corriente privada. De ahí que ignorara yo ese absurdo gasto.

—Kathleen no recuerda haber realizado semejante compra.

—Me duele reconocerlo, Markham; pero me temo que Kathleen esté algo trastornada.

—Tengo mis dudas, Conway. ¿Le mencionó lo ocurrido al doctor Dean Sturges?

—No...

El detective narró a grandes rasgos lo acontecido

El rostro de Richard Conway se ensombreció.

Quedó en silencio.

Pensativo.

—Correcto, Markham. La muerte de ese tal Sturges y el hecho de que no conste la visita de Kathleen es sumamente sospechoso. Siga investigando y cuente con mi total colaboración.

—Gracias, Conway. Me gustaría echar un vistazo por Clover.

—Yo mismo le acompañaré hasta allí. ¿Le parece bien mañana a las nueve?

—Mejor a las diez —argumentó Jerry Markham—. Tengo una cita en el Departamento de Homicidios.

—De acuerdo. A las diez. ¿Por dónde paso a recogerle?

—Pues... en la puerta de la Grace Cathedral, en Sacramento Street. Está próximo al Departamento de Homicidios.

Richard Conway se incorporó siendo imitado por el detective.

—Perfecto. Markham. ¿Alguna otra cosa?

—Gladys Moore, la doncella... ¿Puedo hablar con ella?

—No se encuentra aquí. Disfruta de una semana de permiso —Conway esbozó una sonrisa—. Es el premio a su valor. Una semana de permiso y cien dólares. Fue la única en aceptar acompañar a Kathleen durante el week-end en Clover. ¿Considera importante interrogarla?

—Es el único testigo de la... pesadilla de Kathleen.

—Espere un momento.

Conway abandonó el despacho.

Retornó a los cinco minutos con un papel en la mano.

—Aquí tiene el domicilio de Gladys. Puede ir ahora.

—¿A estas horas?

—Acabo de comunicarme telefónicamente con Gladys. Está en casa y no tiene inconveniente en recibirle, Markham.

Los dos hombres intercambiaron un apretón de manos.

Poco más tarde el «Mustang II» conducido por Jerry Markham abandonaba el todavía bullicioso bungalow.

Circulando a gran velocidad por las amplias avenidas del residencial Barrio Torrence.

Al detenerse frente a un obligado stop aprovechó para abrir el salpicadero en busca de la cajetilla de tabaco.

Fue entonces cuando se percató de la desaparición del puñal de Leonardo.

No estaba allí.

Había desaparecido.

CAPITULO VII

Una diosa de ébano.

De unos veinte años de edad. El pelo recocido tras la nuca. Acentuando el óvalo de su rostro. Los ojos grandes. Nariz respingona. Labios salientes y extremadamente carnosos.

Lucía una larga bata de alegre y colorido estampado. En tenue tejido Quiana. Anudada a la cintura. El pronunciado escote en «V» mostraba el inicio de unos senos breves y erectos.

—¿No quiere pasar? —inquirió la muchacha ante la inmovilidad de Markham.

El detective reaccionó.

Dejando de admirar el escultural cuerpo de la joven.

—Sí, gracias... Soy Jerry Markham.

—Mi nombre es Gladys. El señor Conway me anunció su visita.

—Has sido muy amable en recibirme a estas horas.

Los gordezuelos labios de la mulata sonrieron descubriendo su perfecta dentadura.

—He llegado hace apenas una hora. Pasó la velada en una *discotheque*. Cuando llamó el señor Conway recién terminaba de bañarme. No me importa demorar mi marcha al lecho.

Jerry Markham se reflejó en los grandes ojos femeninos.

Le pareció descubrir en ellos un lujurioso brillo.

—¿Comentó el señor Conway el motivo de mi intempestiva visita?

—No.

Del reducido living pasaron al comedor-salón. Un sofá rinconera ocupaba una de las esquinas de la estancia. Frente al televisor en color.

—¿Quiere beber algo, Markham?

—No, gracias.

—Comprendo. Viene de la fiesta de los Conway, ¿no? Es una suerte para mí disfrutar de una semana de permiso. En esas reuniones el trabajo es agotador.

—¿Por qué una semana de permiso, Gladys?

La mulata se dejó caer voluptuosamente en el sofá. La bata se entreabrió. Los esbeltos muslos quedaron al descubierto.

No hizo ademán de cubrirse.

—Fue por pasar el week-end en Clover. Haciendo compañía a la señorita Conway.

—¿Las dos solas en el caserón?

—Ajá.

—¿Tú no tienes miedo, Gladys? Dicen que el Clover está maldito. Endemoniado.

—Ciertamente la soledad allí reinante es sobrecogedora, pero sólo eso. Yo

no tengo miedo. Soy la única doncella que accede a acompañar a la señorita Conway en sus desplazamientos a Clover.

Markham se acomodó junto a la muchacha.

Ofreció un cigarrillo de su cajetilla de «True».

—¿Qué ocurrió en el último week-end. Gladys?

Los carnosos labios de la mulata succionaron el cigarrillo. Lentamente. Una y otra vez. Sin apartar los ojos del detective.

—Nada de particular. Lo de siempre.

—Explícate.

—La señorita Conway sufre... pesadillas. Son muy frecuentes. Especialmente en Clover. Allí son más espectaculares. Imaginó que era atacada por un hombre, que acudía a una orgia satánica... Nefastas influencias de la difunta señora Conway.

—¿No pueden ser reales esas pesadillas?

—No.

—¿Por qué esa seguridad, Gladys?

La muchacha se reclinó en el sofá.

—La señorita Conway se cierra con llave en la habitación. Las ventanas están enrejadas. Cuando me despierta con sus gritos tengo que golpear la puerta hasta que se digna a abrirme.

—Llovió este week-end, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿No estaba Kathleen Conway totalmente empapada cuando le abrió la puerta de la habitación?

Gladys rió en alegre carcajada.

—No llueve en el interior de la casa.

—¿Quieres decir que Kathleen no tenía el pelo mojado, las ropas...?

—Por supuesto que no. Puede que se despertara sudorosa, pero no hasta el extremo de empapar cabellos y ropa. ¡Todas estas preguntas son absurdas! ¿Quién eres tú?

—¿Qué me dices del puñal que apareció sobre la mesa de noche? —Interrogó Markham ignorando la pregunta de la mulata—. ¿Cómo llegó hasta allí?

—¿Te refieres al puñal con empuñadura de serpiente y dos brillantes?

—Correcto.

—Es de la señorita Conway. Lo compró hace algún tiempo. Un par de meses creo recordar. Cuando inició sus ridículos y solitarios desplazamientos a Clover.

—Ella dice que jamás lo había visto.

—Okay. No seré yo quien le lleve la contraria. Estoy muy bien pagada en casa de los Conway y no quisiera perder el empleo.

—¿Cuánto tiempo llevas sirviéndoles?

—Entré poco después de la muerte del señor Donald Conway.

Jerry Markham aplastó el cigarrillo.

Se incorporó.

—No te molesto más, Gladys. Gracias por todo.

La joven también se levantó del sofá. La entreabierta bata mostró parcialmente la perfección de su cuerpo.

—¿Regresas al bungalow de los Conway? Ya es muy tarde... Podemos organizar tú y yo una pequeña fiesta. ¿Qué opinas?

—En otra ocasión, nena.

Gladys se había aproximado.

Con insinuantes movimientos.

—¿Qué te ocurre, Jerry?... ¿Eres racista?

Gladys mantenía la mano derecha engarfiada en los cabellos de Markham. Entreabrió los carnosos labios...

Jerry Markham la rechazó.

Primero con suavidad, pero al comprobar que Gladys seguía aferrándole los cabellos la empujó con violencia.

—Me gusta llevar la iniciativa, nena. Las cosas demasiado fáciles no me entusiasman. Buenas noches. Nos volveremos a ver.

El detective pasó al living abandonando, acto seguido, el apartamento.

Gladys, en el centro de la estancia, comenzó a reír.

—Lo dudo, Jerry..., dudo que nos volvamos a ver...

Gladys abrió lentamente su mano derecha. Entre sus dedos aparecieron enroscados varios cabellos. Pertenecientes a Jerry Markham.

—Aunque... si... tal vez nos veamos algún día en el infierno. Tú pronto emprenderás el viaje —rió Gladys, acentuando su carcajada— Tengo en mi mano tu pasaporte para el Más Allá.

CAPITULO VIII

Mariane agitó su mano derecha para llamar la atención de Jerry Markham. Este, que acababa de entrar en el snack, descubrió a su secretaria acomodada en una de las mesas.

—Hola, Mariane. ¿Has conseguido algo?

—No eran cosa. ¿Qué ocurre, Jerry? ¿Por qué has telefoneado a la oficina sin acudir personalmente? Solicitas información de una persona con solo un par de horas de plazo y...

—¿Lo tienes o no?

Mariane hizo un mohín.

—No estás de humor, ¿eh? De acuerdo. Algo he recibido de nuestros contactos habituales. Gladys Moore. Nacida en Laurel. Mississippi. Padre desconocido. Llegó con su madre a California cuando contaba cuatro años de edad. Su madre montó una lavandería en Barrio Capps. Tuvo problemas con la policía acusada de medicina ilegal. Curanderismo, ya sabes.. Cuando su madre murió, Gladys contaba catorce años. Fue entonces cuando entró como sirvienta en la casa de los Conway. La misma señora Conway le proporcionó el trabajo. Extraño, ¿verdad?

—No del todo.

—Toda la servidumbre de los Conway es seleccionada rigurosamente y siguiendo unas normas ya establecidas. Con Gladys Moore se hizo una excepción. Fue presentada por Doris Conway. Salvando así todos los obstáculos. Eso no es...

—Debo irme —interrumpió Markham—, Toma las llaves de mi auto. Lo estacionas en el parking privado de mi domicilio, ¿de acuerdo?

—Pero...

—No tengo tiempo de explicaciones, Mariane. Sigue con el trabajo que te encomendé esta mañana.

—Norman Lockwood y Cynthia Kellett.

—¡Ajá! Quiero un amplio informe de ellos. Adiós, Mariane. Ya te pondré al corriente de todo.

Jerry Markham abandonó precipitadamente el snack. Sin haber realizado consumición alguna.

A grandes zancadas avanzó por Sacramento Street.

En dirección a la Grace Cathedral.

Llegó cuando aún faltaban unos minutos para las diez, sin embargo Richard Conway ya le esperaba en la entrada de la Grace Cathedral.

—Es puntual, Markham. Creí que le demorarían en el Departamento de Homicidios.

—Allí todo fue muy rápido.

Richard Conway dirigió una inquisitiva mirada al detective.

—¿Algo marcha mal, Markham? Le encuentro contrariado...

—Hablaremos durante el trayecto. ¿Dónde tiene el auto?

Richard Conway señaló hacia un «Cadillac Eldorado» estacionado en doble tila a poca distancia de la Grace Cathedral.

Se acomodaron en el interior del vehículo.

—¿Y bien? —interrogó nuevamente Conway iniciando la marcha del «Cadillac».

Jerry Markham encendió un cigarrillo.

Se reclinó en el asiento.

—El caso Sturges ya está solucionado, Conway. El inspector Widmark cazó al asesino. Confesó de plano.

—¿Guarda alguna relación con mi hermana?

—No. El tal Dean Sturges era un mal bicho. Ofrecía dinero a las pacientes jóvenes y atractivas para que posaran desnudas. Dado que muy pocas aceptaban, las sometía a chantaje amenazándolas con comunicar al marido la curación de una inexistente enfermedad vergonzosa, de excesos inconfesables... Una de las últimas mujeres en posar para la cámara de Sturges confesó lo ocurrido a su marido. Un hombre llamado Stan Mac Hugh. Un individuo de carácter violento. Al ser interrogado se confesó autor del crimen.

—Celebro que Kathleen no esté involucrada.

—¡Maldita sea!... ¡Sí lo está, Conway! ¡Su ficha desapareció del consultorio de Sturges! ¿Por qué y quién la hizo desaparecer?

Richard Conway, aun centrando su atención en el intenso tráfico, desvió la mirada hacia el detective.

—Yo quiero creer en Kathleen. En su fantástica historia carente de toda lógica. Nadie corrobora sus palabras. ¿Cuál fue el resultado de su entrevista con Gladys Moore? Apuesto a que su versión contradice totalmente la de mi hermana.

—Correcto, pero Gladys Moore tampoco es digna de fiabilidad. Fue contratada personalmente por su difunta madre, ¿verdad, Conway? Poco después de la muerte de Donald Conway.

—Sí.

—Su madre frecuentaba en aquellas fechas las sectas espiritistas. Puede que Gladys Moore perteneciera a una de ellas.

—¿Trata de insinuar que Gladys es discípula de Satanás y propició el encuentro de mi hermana con... con Leonardo? ¡No sea ridículo!

El «Cadillac» ya se aproximaba al Golden Gate. Poco más tarde enfilaría por la autopista. A gran velocidad. Hábilmente conducido por Richard Conway.

La conversación, interrumpida un largo trayecto, fue reanudada por Conway.

—¿Qué espera encontrar en Clover?

Jerry Markham sostenía en los labios un nuevo cigarrillo.

Exhaló una bocanada de humo.

—Todo desmiente la versión dada por Kathleen. El sabbat se celebró en un

lugar del bosque. Con una hoguera. Imposible borrar por completo todas esas huellas.

—Habla como si realmente hubiera participado Satanás. Un sabbat... Sí, Markham. Encontrará restos de una hoguera. Terreno quemado en torno a una mesa. En el bosque celebramos barbacoas que...

Richard Conway se interrumpió bruscamente a la vez que profería un ahogado gemido.

Llevó la zurda al brazo derecho.

A la altura del hombro.

—¿Qué le ocurre?

Conway forzó una sonrisa.

—Ya..., ya pasó... Un súbito pinchazo en el hombro. Como si me hubieran clavado una aguja.

—¿Quiere que me haga cargo del volante?

—No..., no es nada... Ya me... ¡Ah!

Richard Conway se llevó ahora la mano izquierda a la cabeza. Se presionó las sienes.

Su brusco movimiento originó un peligroso desplazamiento del auto, aunque dé inmediato enderezó la dirección.

—Ahora en la cabeza... una punzada... Un dolor muy intenso, pero fugaz. Es extraño. Jamás me había ocurrido anteriormente.

—Reduzca la velocidad, Conway. Cuando salga de la curva detenga el auto y tomaré yo el... ¡Conway!

El rostro de Richard Conway se desencajó en una mueca de dolor.

Soltó el volante.

Cuando el «Cadillac» iniciaba el giro en la curva.

Richard Conway se llevó ambas manos al pecho. A la altura del corazón.

Jerry Markham se precipitó hacia el volante. Intentó evitar que el «Cadillac» se saliera de la autopista. Pugnando por esquivar el choque contra la barra protectora de la curva, pero no lo logró.

Se produjo el impacto.

La barra de protección cedió iniciando el «Cadillac» un vertiginoso descenso por el terraplén.

La pendiente era poco pronunciada. Al igual que el terreno carente de peligrosos obstáculos.

Jerry Markham, tras unas doscientas yardas de accidentado recorrido, consiguió chocar lateralmente contra un árbol deteniendo así la incontrolada marcha del auto.

Su cuerpo protegía al de Richard Conway, aunque el impacto fue leve.

El detective, casi con la cabeza pegada al parabrisas, ni tan siquiera sufrió un rasguño.

—¿Cómo se encuentra, Conway?

Richard Conway no respondió.

Su rostro continuaba crispado. Con las manos aferradas al pecho. La boca

entreabierta. Respirando con dificultad.

Markham procedió a desabotonarle la camisa y el nudo de la corbata. Se disponía a darle, unos masajes en el pecho cuando se percató de la transfiguración sufrida en el rostro de Conway.

Desorbitó los ojos. Sus facciones ya no reflejaban dolor, sino un indescriptible terror. Comenzó a temblar. Convulsionado. Tendió las manos hacia Markham. Aferrando su chaqueta.

—Es... es...

—Tranquilícese, Conway. No ha ocurrido nada.

—Markham... le... le he visto... era él... con su capa roja... los ojos azules... riendo en satánica carcajada...

El detective tragó saliva.

—¿De qué está hablando?

—Fue él... Leonardo... Está aquí... Ahora puedo verle..., viene de nuevo hacia mí... En sus manos tiene... No... ¡No!... ¡No!...

Richard Conway desorbitó aún más los ojos. Sus mandíbulas se desencajaron. Todo su cuerpo comenzó a agitarse presa de fuertes convulsiones. Tras un prolongado espasmo, quedó inmóvil.

Los ojos en blanco.

Las facciones desdibujadas por aquella mueca de terror.

Jerry Markham retrocedió lentamente.

Incrédulo.

Contemplando alucinado el cadáver de Richard Conway.

CAPITULO IX

Los funerales se celebraron al día siguiente. En un atardecer gris y de cielo presagiando tormenta. Los restos murtales de Richard Conway recibieron cristiana sepultura en el panteón familiar. Se dio al acto un ceremonial privado, no obstante fue elevado el número de asistentes.

Los vespertinos del día anterior, a las pocas horas del accidente, ya comunicaron a sus lectores la muerte de Richard Conway.

También los periódicos del día anunciaban a grandes titulares la noticia haciendo conjeturas sobre el futuro de la Conway Metals. Duramente afectado por la muerte de Richard Conway. El joven ingeniero víctima de un ataque cardíaco. Así había sido confirmado en la autopsia practicada.

En el bungalow de los Conway reinaba un total silencio.

Kathleen Conway se había retirado a su habitación después de presidir el duelo. Con las lágrimas ya agoladas y el corazón roto de dolor.

Norman Lockwood acudió al despacho.

En compañía de Cynthia Kellett. Esta parecía la menos afectada. Incluso en sus ojos se adivinaba un brillo de júbilo. El vestido, aunque en discreto y severo tono oscuro, resultaba provocativo para un funeral. Resultando las pronunciadas formas de la mujer. Todo el cuerpo de Cynthia era una sensual tentación.

—Te agradecería que hoy pernoctaras aquí, Cynthia, Kathleen necesita ayuda.

—Por supuesto, querido. ¿Un whisky?

Norman Lockwood, acomodado tras la mesa escritorio, arqueó las cejas. Contemplando fijamente a Cynthia que manipulaba entre las botellas del mueble-bar.

—Tu frialdad es casi cruel, Cynthia. ¿No tienes sentimientos?

La mujer sirvió dos vasos de whisky.

Se aproximó a la mesa.

Con innato ondular de caderas.

—¿Tú me lo preguntas, amor?

—frío es momento de frivolidades, Cynthia. Richard ha muerto y el futuro de la Conway Metals puede...

—Tú eres ese futuro. Norman.

—¿Qué quieres decir?

La mujer se reclinó sobre Lockwood. Con los labios entreabiertos. Asomando la lengua por entre los blancos dientes.

Besó a Lockwood.

Ávidamente.

Aplastando su boca contra la de él. Transmitiéndole su desenfrenada pasión.

—Lo comprendes perfectamente, Norman. Ha llegado tu gran momento.

Con la muerte de Richard, todo pasa a manos de Kathleen. Esa pobre loca... Con sus demoníacas y absurdas visiones no me sorprendería que también sufriera un ataque al corazón. Y entonces tú contarías con el mayor número de acciones en la Conway Metals.

—No soy ambicioso.

—¿De veras? —Cynthia sonrió acomodándose en el brazo del sillón giratorio—. Fue por ambición tu matrimonio con Doris Conway. Por escalar un puesto más alto en el Consejo de Administración. No te importó unirte a una mujer ya en declive. Mayor que tú. Esquizofrénica.

—Richard era en aquel entonces demasiado inexperto para llevar el timón de la Conway Metals. Mi matrimonio con Doris fue impuesto por el Consejo de Administración. No me negué. Significaba mucho para mí entrar en el clan de los Conway.

—Como pariente bastardo.

Norman Lockwood se encogió de hombros.

—Jamás soñé con alcanzar todo lo que tengo. En cuanto a tus siniestros planes, dudo de esa fragilidad de corazón en Kathleen. Es una muchacha fuerte.

—Igual que Richard, ¿no? Tampoco él padecía enfermedad cardiaca, y sin embargo...

—Aventuro a Kathleen muchos años de vida.

—Podemos acortarla. Norman.

—No te comprendo...

—Muy sencillo, querido. Las visiones de Kathleen son conocidas por los sirvientes. Incluso la muy estúpida se confió a un detective privado. No hay duda de que heredó la demencia de su madre. Resultaría muy fácil provocar un... accidente mortal.

Norman Lockwood agrandó los ojos.

Contemplando incrédulo a la mujer.

—¿Insinúas...? /Asesinar nosotros a Kathleen?

—No utilices palabra tan desagradable, querido. Será un accidente. Yo puedo...

—Estás bromeando, ¿verdad, Cynthia?

La dura expresión reflejada en las facciones de Lockwood borró la sonrisa de la mujer.

—Por supuesto, Norman:

—Una broma de pésimo gusto. Máxime con el cadáver de Richard recién sepultado.

—¿Me perdonas?

La mujer tomó entre sus manos la cabeza de Lockwood. Sólo tuvo que inclinarla levemente para que el rostro de Norman Lockwood reposara sobre los voluminosos senos femeninos.

Fue incapaz de resistir la provocación de Cynthia.

Abarcó la cintura de la mujer. Deslizando sus manos por las caderas.

Estrechándola contra sí. Hundiendo su rostro en los prominentes senos.

Cuando las caricias se tomaban más audaces y apremiantes sonaron unos discretos golpes en la puerta del despacho.

Cynthia se separó retrocediendo hasta acomodarse en uno de los sillones situados frente a la mesa escritorio.

Norman Lockwood dio entonces autorización para entrar.

Uno de los sirvientes entreabrió la puerta.

—Disculpen... El señor Markham solicita ser recibido.

Lockwood asintió con un movimiento de cabeza.

Segundos más tarde penetraba Jerry Markham en el despacho. Estrechó la mano de Lockwood que ya le esperaba de pie tras la mesa escritorio.

—Tome asiento, Markham. Estas últimas veinticuatro horas han sido de vertiginosos y trágicos acontecimientos. Ni tan siquiera he tenido ocasión de expresarle nuestro reconocimiento por su comportamiento desde el momento del accidente. Quiero que...

Un desgarrador alarido interrumpió bruscamente a Lockwood.

Un espeluznante grito femenino que resonó en todo el bungalow.

—Es... es... Kathleen —tartamudeó Norman Lockwood.

Jerry Markham fue el primero en reaccionar.

Como una exhalación abandonó la estancia.

Guiándose por los gritos de Kathleen llegó hasta el alfombrado corredor precipitándose sobre una de las puertas.

Si.

Allí estaba Kathleen.

Junto a la mesa de noche. Luciendo un transparente deshabillé. Con las manos a la altura de la garganta. La mirada fija en el lecho. Centrada en el muñeco.

Jerry Markham también descubrió el siniestro objeto.

Un tosco muñeco de cabeza de madera y cuerpo de trapo.

Sobre la almohada. Visible al deslizar el edredón del lecho.

Un muñeco cuyo rostro recordaba grotescamente al difunto Richard Conway. Tenía tres largos alfileres de bola negra clavados. En el brazo derecho, en las sienes... y un tercero hundido en el pecho.

* * *

Manes Winters contempló detenidamente el muñeco.

Lo dejó sobre la mesa desviando su mirada hacia Markham.

—¿Vienes ahora de allí, Jerry?

—¡Ajá! Te lo traigo calentito.

—Admiro tu sentido del humor, Jerry. Sorprendente después de que tú mismo presenciaras la muerte de Richard Conway.

Markham encendió un cigarrillo.

Se inclinó en el sofá compartido con Nancy.

—Escucha, pequeña. Me he desplazado hasta tu apartamento en busca de ayuda. Este... muñeco apareció sobre el lecho de Kathleen. Ella jura no haberlo visto antes. Estaba histérica. Presa de un ataque de nervios. Avisado el doctor le recetó unos calmantes.

—¿Por qué no has acudido a la policía?

—¿Con el muñeco?

—Sí, Jerry. Con el muñeco. Esto, en determinadas manos, es más peligroso que tu revólver del treinta y ocho. Con esto mataron a Richard Conway.

El detective sonrió.

Burlón.

—Grave error del forense. Dictaminó fallo cardíaco, cuando en realidad fue «muerto por brujería». ¿De qué se trata, Nancy? ¿Vudú? ¿Satanismo?...

—Una mezcla de todo. Brujería, satanismo... y un extraordinario poder extrasensorial. Una mente dotada de malignos poderes paranormales. Capaz de matar.

—¿Cómo? ¿Por simples agujas en un muñeco?

—Fenómenos paranormales, brujería, satanismo... ¿cómo razonarlos? No hay explicación científica. Una mente poderosa domina a las restantes. Les impone sus deseos. Les hace sentir sucesos imaginarios, dolores inexistentes, heridas que pueden provocar la muerte... En este muñeco hay algo más. Detalles que indican prácticas de brujería.

—¿Te refieres a los cabellos enroscados al cuello?

—Sí, Jerry. Sin duda pertenecientes a Richard Conway.

Markham dio las últimas chupadas al cigarrillo.

Nerviosamente.

—¡Maldita sea!... Estoy desorientado. No temo enfrentarme al asesino más cruel y sanguinario, a la Mafia, al Sindicato del Crimen...; pero cómo combatir a...

El detective se interrumpió profiriendo un leve gemido. Instintivamente soltó el cigarrillo. Con la mano izquierda se sujetó el hombro.

—Jerry, ¿qué te ocurre?

Una marcada palidez se adueñó de las facciones de Markham.

—No., no lo sé., he sentido un fuerte pinchazo en el hombro... como si...

Jerry Markham se llevó ahora ambas manos a las sienes.

Sin controlar un grito de dolor.

La muchacha se abalanzó sobre Markham sujetándole el rostro entre sus manos.

—¡Jerry!... ¡Mírame a los ojos!... ¡Obedece, Jerry! ¡Mírame a los ojos! ¡Fijamente!... Así.. Sin pestañear... Fijamente... No eres dueño de tus pensamientos... tu mente me pertenece..., ahora está en blanco... vacía...

Los ojos de Markham perdieron toda expresión.

Sin brillo.

Carentes de vida.

Nancy le reclinó lentamente sobre el sofá. Sin dejar de mirarle a los ojos.

—Ahora vas a dormir, Jerry. Profundamente. Un sueño largo que nadie turbará. Cierra los ojos... Duerme..., duerme...

Markham obedeció.

Quedó con los ojos cerrados.

Respirando acompasadamente.

Nancy ahogó un suspiro. Su bello rostro aparecía perlado de diminutas gotas de frío sudor.

Tomó entre sus manos el muñeco depositado sobre la mesa.

Brujería, satanismo, poderes psíquicos...

Y Jerry Markham seleccionado como segunda víctima.

CAPITULO X

La decepción se reflejó en Cynthia.

—¿Te marchas, Norman?

—Sí. Hoy pernoctaré en los barracones de la Conway Metals. Esta casa, empieza a guardar cierta similitud con Clover.

—No digas tonterías. Ocurre que Kathleen ha heredado el... hobby de su madre.

—Adiós.

—Un momento, Norman. Voy contigo.

Lockwood se detuvo bajo el umbral.

—Debes permanecer aquí, Cynthia. Al cuidado de Kathleen. El único sirviente que queda en la casa es Gilbert.

—Las pastillas que recetó el doctor harán dormir a Kathleen toda la noche.

—Es posible, pero tú permanecerás aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que ser la niñera de Kathleen?

—Limítate a obedecer. Cynthia.

Norman Lockwood abandonó el despacho cerrando tras de sí.

Una soez y poco femenina maldición brotó de los labios de Cynthia. Se dejó caer en uno de los sillones no sin antes servirse el enésimo vaso de whisky. Encendió un emboquillado.

Transcurridos diez minutos se presentó Gilbert.

—¿Necesita algo, señorita Kellett?

—Nada. Puede retirarse a su habitación.

—Buenas noches, señorita Kellett.

Cynthia aun consumió un nuevo cigarrillo en el despacho. Se levantó sin ocultar un ruidoso bostezo.

Al salir de la estancia se percató de la total oscuridad reinante en el bungalow. Aquello le hizo dedicar una maldición a la madre de Gilbert.

Al llegar al corredor accionó el interruptor.

La habitación que le había sido asignada era la contigua al dormitorio de Kathleen.

Penetró en la estancia iluminándola.

La cama ocupaba la pared frontal. Custodiada con dos módulos que formaban la mesa de noche. A la izquierda un artístico armario de doble hoja.

Cynthia acudió al contiguo cuarto de aseo abriendo los grifos de la bañera.

Retornó al dormitorio.

Desabotonó el cierre lateral del vestido arrojándolo despreocupadamente sobre la alfombra. Quedó en combinación, sujetador y slip en transparente y suave fibra. Se despojó de las finas medias antes de pasar al baño.

Cerró los grifos para acto seguido volcar las sales perfumadas.

La combinación cayó al suelo.

Se introdujo en la bañera.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando una extraña sensación se apoderó de Cynthia.

Le pareció que era observada.

Desvió la mirada hacia la puerta. Imposible que alguien la espiara a través del pomo, sin embargo...

Cynthia dio por terminado el baño envolviéndose en una toalla que sujetó por encima del busto.

Al abrir la puerta quedó inmóvil.

La luz del dormitorio se había apagado.

La estancia sólo recibía la iluminación procedente del cuarto de baño.

Cynthia avanzó para accionar nuevamente el interruptor, pero la lámpara del techo no se iluminó.

Fue hacia la mesa de noche.

Tampoco funcionó la lámpara allí instalada.

Y súbitamente se eclipsó la luz del cuarto de baño.

Aquello si inquietó a Cynthia.

Aquello... y el entrecortado jadear que empezó a dejarse oír en la habitación.

Un sonido gutural.

Ronco.

Cada vez más fuerte.

Cada vez más cercano.

—¿Quién...? ¿Quién está ahí?

Algo brilló en la oscuridad.

Una hoja metálica.

Y también dos diminutos puntos brillantes.

Cynthia había retrocedido hasta tropezar con el borde del lecho. Perdió el equilibrio quedando sentada en la cama.

El jadear sonó ahora a su espalda.

Fue entonces cuando la mano izquierda de Cynthia tropezó con algo.

Una pierna.

Alguien estaba tumbado en el lecho.

Cynthia trató de incorporarse a la vez que un alarido escapaba de su garganta.

No consiguió levantarse al quedar sus cabellos aprisionados por una invisible mano que tiró con fuerza arrojando a la mujer sobre el lecho.

Cynthia gritó de nuevo.

Una y otra vez.

Presa del terror.

Su atacante acentuó el siniestro jadear durante el forcejeo. Aplastó a Cynthia con su propio cuerpo.

Una mano atenazó los cabellos de Cynthia sujetando con fuerza su cabeza.

La hoja, metálica fue visible para la mujer.

Curva.

Muy afilada.

En el mango se formaba una serpiente con dos brillantes como ojos.

La hoja se posó en el cuello de Cynthia trazando un fino surco sanguinolento. Luego en las mejillas.

Cynthia se debatía inútilmente.

Gritando hasta enronquecer.

La punta de la curva hoja fue ahora hacia los ojos de Cynthia.

Fue entonces cuando se escuchó aquella risa.

Una carcajada que acentuó aún más el terror en Cynthia.

El puñal se hundió salvajemente en el ojo izquierdo de la mujer hasta sacarlo de la cuenca.

La hoja fue ahora hacía el ojo derecho.

Hundiéndose sádicamente.

Los espeluznantes alaridos de Cynthia se entremezclaban con la carcajada de su atacante.

Cynthia dejó de gritar cuando la afilada hoja le seccionó la yugular. Su rostro convertido en una deforme masa sanguinolenta. Con los ojos extirpados y colgando a ambos lados.

Sí.

Un asesinato digno de Satanás.

CAPITULO XI

Kathleen Conway fue Introducida en uno de los vehículos.

Jerry Markham presenció la escena desde el porche del bungalow. En compañía del inspector Widmark.

—Cometes un error, Paul. Esa muchacha es inocente.

—Ya. Fue Leonardo, ¿verdad? Maldita sea, Jerry. Me sorprende que te hayas dejado embaucar por semejante historia. Hemos encontrado el arma homicida. El puñal con el que destrozaron a Cynthia Kellett. ¿Dónde? ¡En el dormitorio de Kathleen Conway! Escondido en la tapa del inodoro. Tu mismo has afirmado que el puñal te desapareció ayer noche del auto. Y Kathleen sabía que lo guardabas allí.

—No tenía necesidad de quitarlo del auto, ya que se lo ofrecí y rechazó.

—¡Seguro! Así no levantaba sospechas. Oye, Jerry..., no dudo de que la chica esté algo mal de la cabeza, pero eso no la redime de la horrible muerte de Cynthia Kellett. No tomó las píldoras que le recetó el doctor pata dormir, sino que las disolvió en la botella de brandy que Gilbert tiene en la mesa de noche. Conocía la costumbre del mayordomo. Atizarse un largo trago antes de dormir. El profundo sueño de Gilbert Te impidió oír las desesperadas llamadas de auxilio de Cynthia Kellett. ¿Qué más pruebas quieres? Norman Lockwood estaba en las oficinas de la Conway Metals. Una veintena de testigos lo corroboran.

—¿Por qué no la culpas también de lo muerte de Dean Sturges?

—Ya tengo al culpable, Jerry. Y tú lo sabes. Un fulano que confesó voluntariamente. Y añadiré algo más. Kathleen Conway jamás visitó al doctor Sturges. Ni con su nombre ni con el de Judith Smith. ¡Todo son embustes de una mente enfermiza que tú has dado crédito inocentemente!

—¿Puedo ir contigo, Paul? Quisiera presenciar los interrogatorios de Kathleen.

El inspector chasqueó la lengua.

—No, muchacho. Nada tienes que ver en una investigación oficial. El que Kathleen Conway sea tu cliente no cambia las cosas. Norman Lockwood ya ha solicitado la presencia del mejor abogado de California. ¿Quieres un consejo, Jerry?

—No.

—Te lo soltaré igualmente. Tienes mala cara, hijo. ¿Por qué no te vas a casa y descansas?

El inspector Widmark giró sobre sus talones. Se reunió con dos individuos de paisano. Agentes uniformados controlaban el acceso al bungalow. Dos autos de la Metropolitana Police con la luz roja giratoria sobre la capota permanecían a ambos lados de la ambulancia.

Jerry Markham se encaminó lentamente hacia su estacionado «Mustang».

Acomodado frente al volante pasó el dorso de la mano por la frente para

acto seguido proceder a un leve masaje en las sienes.

Sí.

Estaba cansado.

Pese a haber dormido plácidamente. Un sueño que, de no ser por la intervención de Nancy, pudo convertirse en eterno.

Fue en su apartamento, al ir a despojarse del incómodo smoking, donde recibió la noticia de la muerte de Cynthia Kellett. Comunicada telefónicamente por su eficaz secretaria Mariane.

Cynthia...

Sádicamente apuñalada. Destrozado su rostro hasta convertirlo en deforme masa, extirpados los ojos, seccionada la yugular...

Jerry Markham se estremeció.

Un escalofrío que de inmediato dio paso a la ira. Furia.

Odio contra el diabólico asesino.

Presionó con fuerza el pedal del gas realizando un viraje hacia una de las bocacalles de Byron Boulevard.

El sol proyectaba perpendicularmente sus rayos sobre la contaminada ciudad de San Francisco.

Un nuevo día.

Un día más.

Millones de seres humanos deambulaban de un lado a otro. Ajenos a la violenta muerte de Cynthia Kellett. Otro crimen más nada significaba, pero no era así...

El asesino de Cynthia era alguien especial.

Satánico y monstruoso.

El «Mustang» circulaba ya por Russian Hill. Bordeando el Art Institute hasta cruzar Lombard Street.

Estacionó en Carr Road.

Frente a un snack denominado Carlton.

Fue entonces cuando se percató del «Pontiac» que se detuvo tras él. Un individuo descendió avanzando a grandes zancadas. Un hombre de cabeza rapada y ojos saltones.

Cortó el paso al detective cuando éste se disponía a entrar en el snack.

—¿Quiere ayudar a Kathleen Conway?

Jerry Markham lijó su mirada en el individuo.

—¿Quién es usted?

—No pregunte y acompáñeme.

El hombre retornó al «Pontiac».

Markham dudó.

Una fracción de segundo.

Tras dirigir una mirada a la puerta del snack, se dirigió al «Pontiac» acomodándose junto al misterioso individuo. Este inició la marcha del vehículo.

El «Pontiac» enfiló hacia Telegraph Hill para luego adentrarse en la zona

de The Embarcadero.

El largo trayecto en silencio.

El auto circuló por el mal asfaltado Eason Street. La mayoría de las casas allí existentes, antaño dedicadas a almacén y registro de mercancías, estaban deshabitadas y declaradas en ruinas.

El Pontiac» se detuvo frente a un gris edificio de seis plantas. También deshabitado.

—Sígame, Markham.

Descendieron del vehículo penetrando en la cusa.

Ojos Saltones no se dirigió hacia la sucia escalera, sino que descubrió una camuflada puerta que conducía a los sótanos del edificio.

Iniciaron el descenso por una maloliente escalera débilmente iluminada.

En el sótano se amontonaban gran cantidad de muebles viejos. Cubiertos de polvo, cucarachas y telas de araña. La suciedad, junto con la humedad reinante, proporcionaba un hedor nauseabundo.

En un círculo formado por aquellos vicios muebles esperaban los dos hombres. Ambos luciendo trajes de excelente corte. Tenían edad similar. Frisando los treinta años. Uno rubio y el otro de pelo negro. Este último se adelantó unos pasos.

—¿Algún contratiempo, Arthur?

—Ninguno, Elliot —respondió Ojos Saltones—. Se dejó convencer dócilmente.

—Lo celebro. Quería conocerle, Markham. Un hombre inteligente y audaz siempre despierta mi admiración. Mi nombre es Elliot Spacek.

Jerry Markham lijó su mirada en el individuo.

Era como contemplar a un cadáver.

Sus facciones, extremadamente pálidas, parecían las de un muerto. Con los ojos hundidos y semiocultos por caídos párpados.

—Elliot Spacek... el dirigente del Trígono Rojo.

—Correcto. Me halaga ser reconocido. ¿Quién le habló de mí?

—Eso no importa, Spacek —dijo secamente el detective—. ¿Cómo puedo ayudar a Kathleen? Ese es el único motivo de haber aceptado su extraña invitación.

Elliot Spacek parpadeó.

—¿Ayudar a Kathleen? ¿Eso le has dicho, Arthur? Eres un mentiroso... No, Markham. No se trata de ayudar a Kathleen, sino de matarle a usted. Para eso está aquí. Para morir.

Markham no se inmutó.

Colocó los pulgares sobre la hebilla del cinturón.

—¿De veras? ¿Y por qué, Spacek? ¿Por qué desea mi muerte?

—Yo no la deseo, Markham. Le considero insignificante, pero Norman Lockwood sí le tiene miedo. Es Lockwood quien quiere su muerte. Teme que prosiga en sus investigaciones y llegue a descubrir la verdad.

—Norman Lockwood..., ¿es él...?

—Por supuesto, Markham. Norman Lockwood bajo nuestra protección y asesoramiento. Nosotros, la secta del Trígono Rojo, provocamos la locura en Doris Conway y su posterior ataque cardíaco. Doris Conway empezaba a distanciarse de mí, su ayuda económica al Trígono Rojo era cada vez más pequeña y amenazó con suprimirla totalmente. Eso no podía consentirlo, Markham. Trígono Rojo necesita mucho dinero para sus estudios, investigaciones y bienestar de sus miembros. Sugerí a Norman Lockwood la muerte de Doris Conway y su posterior encumbramiento como jefe total de la Conway Metals.

—Y Lockwood aceptó.

—Lógico, Markham. El bocado era demasiado apetitoso. Cerramos el trato. Yo le desembarazaría de Richard Conway y haría internar en un manicomio a Kathleen.

—¿Por qué no matarla también?

—Norman Lockwood no es el heredero, pero sí el administrador en caso de imposibilidad física o mental en cualquiera de los hermanos Conway. Nos decidimos por dejar con vida a Kathleen. Su deseo de rehabilitar a su madre nos ayudaba. Sería más fácil hacerla pasar por loca. Comenzamos a tender la red. Y Kathleen cayó en ella. Nadie creería sus absurdas historias.

—Excepto yo.

—Sí..., usted es la excepción. Tal vez sea bueno el consejo de Lockwood al dictar su muerte. Kathleen ya está con un pie en el manicomio. Jamás saldrá de allí. Incluso terminará por confesar que mató a Cynthia Kellett.

—¿Era necesario acabar con Cynthia? —preguntó Markham fríamente. Dominando la ira—. Ella no estorbaba vuestros diabólicos planes.

—No, pero sí estorbaba a Lockwood con sus exigencias y ambiciones. También nos interesaba presentar a Kathleen como asesina. Eso la internaría de por vida en un manicomio estatal. Mi compañero Arthur Foster hizo el trabajo. Previamente Lockwood había drogado el brandy del mayordomo para Inculpar aún más a Kathleen Conway. Arthur lo pasó muy bien con Cynthia. Sí... Fue un buen trabajo.

—Bastardos... Hijos de perra...

El individuo de pelo rubio se aproximó. Sus ojos eran azules. Las facciones aniñadas. De una belleza casi femenina.

—Acabemos con él. Elliot.

Markham le dirigió una mirada de desprecio.

—Tú debes ser... Leonardo... ¡Farsantes! Es fácil atemorizar a una indefensa y angustiada muchacha. Unos diminutos cuernos postizos, unas largas uñas, una simulada orgía, la complicidad de Gladys Moore, la de Sam Hooper...

—¿Qué dices, blasfemo? —el hombre de los ojos azules crispó sus facciones—, ¡El gran Leonardo se reencarnó en mi! ¡Reconociendo así mi dedicación a su causa!

—Cierto, Markham —intervino Elliot Spacek—, Mi compañero es Ralph

Weathers. Espiritista de gran renombre en Inglaterra y actualmente en la secta del Trígono Rojo. Su dedicación a Satanás le sirvió como recompensa el ceder su cuerpo a Leonardo.

—¡Al diablo con todos vosotros, malditos! —gritó Markham mientras su diestra iba hacia el costado izquierdo para apoderarse del revólver del treinta y ocho.

Ninguno de los tres individuos se movió.

Indiferentes ante la amenaza del arma.

—Farsantes... No, Markham —sonrió Elliot Spacek en siniestra mueca—. Te lo demostraremos. Satanás nos protege. La orgia en Clover fue realmente presidida por Leonardo bajo la apariencia humana de Ralph Weathers. Tenemos seguidores. Practicamos el satanismo, la brujería... o los poderes cedidos por el Gran Lucifer.

Jerry Markham, curvó el dedo sobre el gatillo.

—Sois un grupo de locos asesinos. Simplemente eso. ¡Basura!

—Pronto cambiarás de opinión. Ya te lo demostramos con la muerte de Richard Conway. También nos apoderamos de la mente de ese Stan Mac Hugh para que se confesara autor de la muerte de Dean Sturges. Ningún cabo suelto que hiciera dudar de la demencia de Kathleen Conway. Sólo quedas tú... Ignoro cómo lograste escapar ayer. Gladys es una buena discípula. Ella realizó el muñeco de Richard Conway. Y también el tuyo. Tenía tus cabellos. Sin embargo, no consiguió llegar hasta tu mente para dictar tu muerte. Ahora no...

—¡Basta de palabras! ¡Levantad las manos! ¡Los tres! Un movimiento sospechoso y aprieto el gatillo sin contemplaciones.

Ralph Weathers rió en desaforada carcajada.

—Insensato... Estamos protegidos por Satanás. Y ese revólver que tienes en la mano debes soltarlo. ¡Está al rojo vivo!

Jerry Markham lanzó un grito de dolor.

Instintivamente soltó el arma.

En la palma de la mano derecha apareció una quemadura que le llegaba hasta los dedos.

La contempló aterrorizado.

Olvidando incluso el lacerante dolor.

—¿Y bien, Markham? —Rió ahora Elliot Spacek—. ¿Sigues considerándonos unos farsantes?

El detective se abalanzó sobre Spacek.

Fue entonces cuando uno de los muebles, un pesado armario, cayó aparatosamente. Sin que nadie lo hubiera tocado.

Markham esquivó el mueble milagrosamente, aunque perdió el equilibrio cayendo al suelo.

—Ratas... malditos engendros de Satanás...

Los tres hombres rieron a carcajadas.

—Ratas..., ¿por qué no? —dijo Arthur Foster—. Aquí hay cientos de ellas.

¡Ratas!... ¡Ratas!...

—¡Ratas! ¡Ratas! —gritaron también a coro Spacek y Weathers.

Surgieron de todas partes.

De los amontonados muebles.

De todos los rincones...

Ratas. Grandes. Lustrosas. Casi como conejos.

Avanzaron hacia Jerry Markham.

Cercándole.

Con ensordecedores chillidos.

Jerry Markham se incorporó presa del terror. Con el rostro desencajado. Empezó u repeler el ataque o puntapiés.

Una veintena de ratas le rodeaban.

Dos de ellas quedaron atenazadas a su pierna izquierda.

El detective las atrapó con las manos. Tiró de ellas. Sujetándolas por el grasiento pelo...

Fue entonces cuando sonaron unos precipitados pasos por la escalera.

Y una potente voz.

—¡Alto en nombre de la ley! ¡Policía!... ¡No se muevan!

Spacek, Foster, Weathers...

Ninguno obedeció la orden del inspector Widmark.

Sacaron sus armas.

Elliot Spacek y Ralph Weathers una «Luger». En manos de Arthur Foster una «Super-Star».

Los tres policías que iban tras el inspector Widmark, y éste mismo, dispararon.

La muerte fue instantánea para Elliot Spacek. Un balazo en la cabeza. Entre ceja y ceja. Foster y Weathers emprendieron viaje al Más Allá segundos más tarde.

Las ratas que atacaban a Jerry Markham se dispersaron velozmente retornando a sus madrigueras.

Markham quedó jadeante.

Ni tan siquiera reaccionó cuando Nancy corrió a su lado.

—¡Jerry!... ¡Jerry!...

—Eres un nombre afortunado, Jerry —comentó el inspector Widmark—. Nancy Winters, desde el snack donde te esperaba, te vio subir al «Pontiac». Siguió al auto hasta aquí y nos dio aviso. Has vuelto a nacer, ¿eh, muchacho? Tienes mucho que contarme. ¿Quiénes son ellos?

Jerry Markhan no respondió.

Mantenía la mirada fija en los tres cadáveres.

Sin duda ahora reunidos con el verdadero Leonardo.

* * *

Nancy rió en alegre carcajada.

Estaba sentada en el suelo. Sobre la alfombra. Apoyada en Jerry Markham que permanecía tumbado en el sofá.

—¡Por favor, Jerry!... ¿Aún sigues pensando en ello? Ya todo ha terminado. Una cura de hipnosis hizo que Stan Mac Hugh dejara de acusarse de un crimen no cometido. Norman Lockwood ha confesado, Gladys Moore, Sam Hooper, los sectarios..., todos los involucrados en el complot contra Kathleen Conway han confesado.

—Quedan muchos puntos oscuros para mí, Nancy. Acepto la hipnosis o trance en Kathleen obligándola a firmar un cheque y comprar el puñal, el oír una extraña llamada en el bosque de Clover; sin embarco...

—¿Sí?

—En el sótano... hicieron caer un armario sobre mí. Sin que ninguno de ellos lo tocara.

—Telequinesia. Desplazamiento de objetos sin causa física visible o conocida. Entra en el campo de sucesos paranormales.

—¿Por qué no utilizaron sus poderes contra la policía?

—Para ejercer sus poderes psíquicos necesitan centrarse sobre la víctima. Un grupo que irrumpe de súbito no es fácilmente controlable.

—¿Qué me dices de las ratas? ¿Por qué obedecieron? ¿Y esto? —Markham mostró la visible quemadura de su diestra—. No fue una ilusión.

—Acción directa del psiquismo sobre la materia por medios desconocidos.

—Entendido.

Nancy volvió a reír.

—La parapsicología estudia los fenómenos carentes de lógica. Paranormales. Reconocemos nuestra ignorancia, Jerry. Estamos empezando. Si a los sucesos supranormales añadimos posible satanismo, la confusión es aún mayor. ¿Por qué no sigues el consejo que tú mismo has dado a Kathleen? Olvidar. Imaginar que todo fue una pesadilla y disfrutar de la vida buscando sus aspectos positivos.

—Es difícil...

—¿Difícil? —Interrumpió Nancy volcándose sobre el pecho del detective —. ¿Quieres que te ayude?

Markham besó los entreabiertos labios de la muchacha.

La hizo acomodarse también en el sofá.

—Okay. Disfrutaré de la vida. Te invito una semana a Miami Beach. Kathleen Conway ha sido sumamente generosa en el pago de mis honorarios.

—Antes pasaremos por Las Vegas.

—¿Las Vegas? Oh, no... Perdería hasta el último centavo.

—No vamos a jugar, Jerry. En Las Vegas es fácil tramitar una licencia de matrimonio. ¿Olvidas tu promesa?

—¿Sabes una cosa, Nancy? Creo que jamás formulé semejante proposición. Tú la has inventado.

Nancy sonrió apretujándose contra él.

Ofreciendo de nuevo sus carnosos labios.

—Como quieras... Te Hipnotizaré. Y cuando despiertes te encontrarás ya casado.

—¿Serías capaz de eso?

—Ya te he demostrado mis cualidades; ¿no? Puedo hipnotizar una mosca en pleno vuelo.

Las manos de Markham la acariciaron. Mordisqueó los labios de Nancy para acto seguido sellarlos con un volcánico beso.

Sí.

Nancy poseía cualidades portentosas.

El matrimonio...

Jerry Markham había conocido de cerca el infierno.

No le importaba enfrentarse a otro.

FIN